



Biblioteca Mundial  
de la Poesía  
UAEMEX



UAEM

Universidad Autónoma  
del Estado de México





**Compilación de Obras**  
**José María Heredia**

© Universidad Autónoma del Estado de México, 2016 Instituto Literario núm. 100,  
colonia Centro, C.P. 50000,  
Toluca de Lerdo, Estado de México

El presente texto es un derivado de una obra en dominio público. Recuperado de wikisource:  
<https://es.wikisource.org/>

Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons, Atribución 2.5 México (cc by 2.5). Para ver una copia de la licencia visite <http://creativecommons.org/licenses/by/2.5/mx>. Puede ser utilizada con fines educativos, informativos o culturales, siempre que se cite la fuente. Disponible para su acceso abierto en <http://ri.uaemex.mx/>



## Canto a Bolívar



## Canto a Bolívar

El trueno horrendo que en fragor revienta

y sordo retumbando se dilata

por la inflamada esfera,

al Dios anuncia que en el cielo impera.

Y el rayo que en Junín rompe y ahuyenta

5

la hispana muchedumbre

que, más feroz que nunca, amenazaba,

a sangre y fuego, eterna servidumbre,

y el canto de victoria

que en ecos mil discurre, ensordeciendo

10

el hondo valle y enriscada cumbre,

proclaman a Bolívar en la tierra

árbitro de la paz y de la guerra.

Las soberbias pirámides que al cielo

el arte humano osado levantaba



15

para hablar a los siglos y naciones,

-templos do esclavas manos

deificaban en pompa a sus tiranos-

-104-

ludibrio son del tiempo, que con su ala

débil las toca y las derriba al suelo,

20

después que en fácil juego el fugaz viento

borró sus mentirosas inscripciones;

y bajo los escombros, confundido

entre la sombra del eterno olvido,

-¡oh de ambición y de miseria ejemplo!-

25

el sacerdote yace, el dios y el templo.



Mas los sublimes montes, cuya frente  
a la región etérea se levanta,  
que ven las tempestades a su planta  
brillar, rugir, romperse, disiparse,

30

los Andes, las enormes, estupendas  
moles sentadas sobre bases de oro,  
la tierra con su peso equilibrando<sup>58</sup>,  
jamás se moverán. Ellos, burlando  
de ajena envidia y del protervo tiempo

35

la furia y el poder, serán eternos  
de libertad y de victoria heraldos,  
que, con eco profundo,  
a la postrema edad dirán del mundo:

«Nosotros vimos de Junín el campo,

40

vimos que al desplegarse



del Perú y de Colombia las banderas,  
se turban las legiones altaneras,  
huye el fiero español despavorido,  
o pide paz rendido.

45

Venció Bolívar, el Perú fue libre,  
y en triunfal pompa Libertad sagrada  
en el templo del Sol fue colocada.»

«¿Quién me dará templar el voraz fuego  
en que ardo todo yo? -Trémula, incierta,

50

torpe la mano va sobre la lira  
dando discorde son. ¿Quién me liberta  
del dios que me fatiga...?

-105-

Siento unas veces la rebelde Musa,  
cual bacante en furor, vagar incierta

55





por medio de las plazas bulliciosas,  
o sola por las selvas silenciosas,  
o las risueñas playas  
que manso lame el caudaloso Guayas<sup>59</sup>;  
otras el vuelo arrebatada tiende

60

sobre los montes, y de allí desciende  
al campo de Junín, y ardiendo en ira,  
los numerosos escuadrones mira  
que el odiado pendón de España arbolan,  
y en cristado morrión y peto armada,

65

cual amazona fiera,  
se mezcla entre las filas la primera  
de todos los guerreros,  
y a combatir con ellos se adelanta,  
triunfa con ellos y sus triunfos canta.

70



Tal en los siglos de virtud y gloria,  
donde el guerrero solo y el poeta  
eran dignos de honor y de memoria,  
la musa audaz de Píndaro divino,  
cual intrépido atleta,

75

en inmortal porfía  
al griego estadio concurrir solía;  
y en esto hirviendo y en amor de fama  
y del metro y del número impaciente,  
pulsa su lira de oro sonora

80

y alto asiento concede entre los dioses  
al que fuera en la lid más valeroso,  
o al más afortunado;  
pero luego, envidiosa

de la inmortalidad que les ha dado,

85



ciega se lanza al circo polvoroso,  
las alas rapidísimas agita  
y al carro vencedor se precipita,  
y desatando armónicos raudales,  
pide, disputa, gana,

90

o arrebatata la palma a sus rivales<sup>60</sup>.

-106-

¿Quién es aquel que el paso lento mueve  
sobre el collado que a Junín domina?,  
¿que el campo desde allí mide, y el sitio  
del combatir y del vencer desina?,

95

¿que la hueste contraria observa, cuenta,  
y en su mente la rompe y desordena,  
y a los más bravos a morir condena,  
cual águila caudal que se complace  
del alto cielo en divisar la presa



100

que entre el rebaño mal segura pace?

¿Quién el que ya desciende

pronto y apercebido a la pelea?

Preñada en tempestades le rodea

nube tremenda; el brillo de su espada

105

es el vivo reflejo de la gloria;

su voz un trueno, su mirada un rayo.

¿Quién, aquel que, al trabarse la batalla,

ufano como nuncio de victoria,

un corcel impetuoso fatigando,

110

discurre sin cesar por toda parte...?

¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

Sonó su voz: «Peruanos,

mirad allí los duros opresores,

de vuestra patria; bravos Colombianos



115

en cien crudas batallas vencedores,  
mirad allí los duros opresores  
que buscando venís desde Orinoco:  
suya es la fuerza y el valor es vuestro,  
vuestra será la gloria;

120

pues lidiar con valor y por la patria  
es el mejor presagio de victoria.  
Acometed, que siempre  
de quien se atreve más el triunfo ha sido;  
quien no espera vencer, ya está vencido.»

125

«Dice, y al punto cual fugaces carros  
que, dada la señal, parten y en densos  
de arena y polvo torbellinos ruedan;  
arden los ejes, se estremece el suelo,  
estrépito confuso asorda el cielo,



130

-107-

y en medio del afán cada cual teme  
que los demás adelantarse puedan;  
así los ordenados escuadrones  
que del iris reflejan los colores  
o la imagen del sol en sus pendones<sup>61</sup>,

135

se avanzan a la lid. ¡Oh!, ¡quién temiera,  
quién, que su ímpetu mismo los perdiera!<sup>62</sup>  
¡Perderse!, no, jamás; que en la pelea  
los arrastra y anima e importuna  
de Bolívar el genio y la fortuna.

140

Llama improviso al bravo Necochea,  
y mostrándole el campo,  
partir, acometer, vencer le manda,  
y el guerrero esforzado,



otra vez vencedor, y otra cantado63,

145

dentro en el corazón por patria jura  
cumplir la orden fatal, y a la victoria  
o a noble y cierta muerte se apresura.

Ya el formidable estruendo  
del atambor en uno y otro bando,

150

y el son de las trompetas clamoroso,  
y el relinchar del alazán fogoso  
que, erguida la cerviz y el ojo ardiendo

en bélico furor, salta impaciente  
do más se encruelece la pelea,

155

y el silbo de las balas que, rasgando  
el aire, llevan por doquier la muerte,  
y el choque asaz horrendo  
de selvas densas de ferradas picas,



y el brillo y estridor de los aceros

160

que al sol reflectan sanguinosos visos,  
y espadas, lanzas, miembros esparcidos

o en torrentes de sangre arrebatados,

y el violento tropel de los guerreros

que más feroces mientras más heridos,

165

dando y volviendo el golpe redoblado,

mueren, mas no se rinden... todo anuncia

que el momento ha llegado,

-108-

en el gran libro del destino escrito,

de la venganza al pueblo americano,

170

de mengua y de baldón al castellano.

Si el fanatismo con sus furias todas,





hijas del negro averno, me inflamara,  
y mi pecho y mi musa enardeciera  
en tartáreo furor, del león de España,  
175

al ver dudoso el triunfo, me atreviera  
a pintar el rencor y horrible saña.

Ruge atroz, y cobrando  
más fuerza en su despecho, se abalanza,  
abriéndose ancha calle entre las haces,  
180

por medio el fuego y contrapuestas lanzas;  
rayos respira, mortandad y estrago,  
y sin pararse a devorar la presa,  
prosigue en su furor, y en cada huella  
deja de negra sangre un hondo lago.

185

En tanto el Argentino valeroso  
recuerda que vencer se le ha mandado,



y no ya cual caudillo, cual soldado  
los formidables ímpetus contiene  
y uno en contra de ciento se sostiene,

190

como tigre furiosa  
de rabiosos mastines acosada,  
que guardan el redil, mata, destroza,  
ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,  
sale con la victoria y con la vida.

195

Oh capitán valiente,  
blasón ilustre de tu ilustre patria,  
no morirás, tu nombre eternamente  
en nuestros fastos sonará glorioso,  
y bellas ninfas de tu Plata undoso

200

a tu gloria darán sonoro canto



y a tu ingrato destino acerbo llanto<sup>64</sup>,

Ya el intrépido Miller aparece

y el desigual combate restablece.

Bajo su mando ufana

205

marchar se ve la juventud peruana

-109-

ardiente, firme, a perecer resuelta,

si acaso el hado infiel vencer le niega.

En el arduo conflicto opone ciega

a los adversos dardos firmes pechos,

210

y otro nombre conquista con sus hechos<sup>65</sup>.

¿Son éstos los garzones delicados

entre seda y aromas arrullados?<sup>66</sup>,

¿los hijos del placer son esos fieros?

Sí, que los que antes desatar no osaban

215



los dulces lazos de jazmín y rosa  
con que amor y placer los enredaban,  
hoy ya con mano fuerte  
la cadena quebrantan ponderosa  
que ató sus pies, y vuelan denodados

220

a los campos de muerte y gloria cierta,  
apenas la alta fama los despierta  
de los guerreros que su cara patria  
en tres lustros de sangre libertaron,  
y apenas el querido

225

nombre de libertad su pecho inflama,  
y de amor patrio la celeste llama  
prende en su corazón adormecido.

Tal el joven Aquiles<sup>67</sup>,  
que en infame disfraz y en ocio blando

230



de lánguidos suspiros,

los destinos de Grecia dilatando,

vive cautivo en la beldad de Sciros:

los ojos pace en el vistoso alarde

de arreos y de galas femeniles

235

que de India y Tiro y Menfis opulenta

curiosos mercadantes le encarecen;

mas a su vista apenas resplandecen

pavés, espada y yelmo, que entre gasas

el Itacense astuto le presenta,

240

pásmase... se recobra, y con violenta

mano el templado acero arrebatando,

rasga y arroja las indignas tocas,

parte, traspasa el mar, y en la troyana

arena muerte, asolación, espanto



245

-110-

difunde por doquier; todo le cede...

aun Héctor retrocede...

y cae al fin, y en derredor tres veces

su sangriento cadáver profanado,

al veloz carro atado

250

del vencedor inexorable y duro,

el polvo barre del sagrado muro.

Ora mi lira resonar debía

del nombre y las hazañas portentosas

de tantos capitanes, que este día

255

la palma del valor se disputaron

digna de todos... Carvajal... y Silva...

y Suárez... y otros mil...68; mas de improviso

la espada de Bolívar aparece,



y a todos los guerreros,

260

como el sol a los astros, oscurece.

Yo acaso más osado le cantara,

si la meonia Musa<sup>69</sup> me prestara

la resonante trompa que otro tiempo

cantaba al crudo Marte entre los Traces,

265

bien animando las terribles haces,

bien los fieros caballos, que la lumbre

de la égida de Palas espantaba.

Tal el héroe brillaba

por las primeras filas discurriendo.

270

Se oye su voz, su acero resplandece,

do más la pugna y el peligro crece.

Nada le puede resistir... Y es fama,

-¡oh portento inaudito!-



que el bello nombre de Colombia escrito

275

sobre su frente, en torno despedía

rayos de luz tan viva y refulgente

que, deslumbrado el español, desmaya,

tiembla, pierde la voz, el movimiento,

sólo para la fuga tiene aliento.

280

-111-

Así cuando en la noche algún malvado

va a descargar el brazo levantado,

si de improviso lanza un rayo el cielo,

se pasma y el puñal trémulo suelta,

hielo mortal a su furor sucede,

285

tiembla y horrorizado retrocede.

Ya no hay más combatir. El enemigo





el campo todo y la victoria cede;

huye cual ciervo herido, y a donde huye,

allí encuentra la muerte. Los caballos

290

que fueron su esperanza en la pelea,

heridos, espantados, por el campo

o entre las filas vagan, salpicando

el suelo en sangre que su crin gotea,

derriban al jinete, lo atropellan,

295

y las catervas van despavoridas,

o unas en otras con terror se estrellan.

Crece la confusión, crece el espanto,

y al impulso del aire, que vibrando

sube en clamores y alaridos lleno,

300

tremen las cumbres que respeta el trueno.

Y discurriendo el vencedor en tanto



por cimas de cadáveres y heridos,  
postra al que huye, perdona a los rendidos.

Padre del universo, Sol radioso,

305

dios del Perú, modera omnipotente

el ardor de tu carro impetuoso,

y no escondas tu luz indeficiente...

Una hora más de luz...70 -Pero esta hora

no fue la del destino. El dios oía

310

el voto de su pueblo, y de la frente

el cerco de diamante desceñía,

en fugaz rayo el horizonte dora,

en mayor disco menos luz ofrece

y veloz tras los Andes se oscurece.

315

Tendió su manto lóbrego la noche:

y las reliquias del perdido bando,



con sus tristes y atónitos caudillos,

-112-

corren sin saber dónde, espavoridas,  
y de su sombra misma se estremecen;

320

y al fin en las tinieblas ocultando  
su afrenta y su pavor, desaparecen.

¡Victoria por la patria!, ¡oh Dios, victoria!

¡Triunfo a Colombia y a Bolívar gloria!

Ya el ronco parche y el clarín sonoro

325

no a presagiar batalla y muerte suena  
ni a enfurecer las almas, mas se estrena  
en alentar el bullicioso coro  
de vivas y patrióticas canciones.

Arden cien pinos, y a su luz, las sombras

330

huyeron, cual poco antes desbandadas



huyeron de la espada de Colombia  
las vandálicas huestes debeladas.

En torno de la lumbre,  
el nombre de Bolívar repitiendo

335

y las hazañas de tan claro día,  
los jefes y la alegre muchedumbre  
consumen en acordes libaciones  
de Baco y Ceres los celestes dones.

«Victoria, paz -clamaban-

340

paz para siempre. Furia de la guerra,  
húndete al hondo averno derrocada.

Ya cesa el mal y el llanto de la tierra.

Paz para siempre. La sanguínea espada,  
o cubierta de orín ignominioso,

345



o en el útil arado transformada,  
nuevas leyes dará. Las varias gentes  
del mundo que, a despecho de los cielos  
y del ignoto ponto proceloso,  
abrió a Colón su audacia o su codicia,  
350

todas ya para siempre recobraron  
en Junín libertad, gloria y reposo.»

-113-

«Gloria, mas no reposo», -de repente  
clamó una voz de lo alto de los cielos;  
y a los ecos los ecos por tres veces

355

«Gloria, mas no reposo», respondieron.  
El suelo tiembla, y, cual fulgentes faros,  
de los Andes las cúspides ardieron;  
y de la noche el pavoroso manto  
se transparenta y rásgase, y el éter



360

allá lejos purísimo aparece  
y en rósea luz bañado resplandece.

Quando improviso veneranda Sombra,  
en faz serena y ademán agosto,  
entre cándidas nubes se levanta:

365

del hombro izquierdo nebuloso manto  
pende, y su diestra aéreo cetro rige;  
su mirar noble, pero no sañudo;  
y nieblas figuraban a su planta  
penacho, arco, carcaj, flechas y escudo;

370

una zona de estrellas  
glorificaba en derredor su frente  
y la borla imperial de ella pendiente.

Miró a Junín, y plácida sonrisa  
vagó sobre su faz. «Hijos -decía-



375

generación del sol afortunada,  
que con placer yo puedo llamar mía,  
yo soy Huayna-Capac, soy el postrero  
del vástago sagrado<sup>71</sup>;  
dichoso rey, mas padre desgraciado.

380

De esta mansión de paz y luz he visto  
correr las tres centurias  
de maldición, de sangre y servidumbre  
y el imperio regido por las Furias.  
No hay punto en estos valles y estos cerros

385

que no mande tristísimas memorias.  
Torrentes mil de sangre se cruzaron  
aquí y allí; las tribus numerosas  
al ruido del cañón se disiparon,

-114-



y los restos mortales de mi gente

390

aun a las mismas rocas fecundaron.

Mas allá un hijo expira entre los hierros

de su sagrada majestad indignos...72

Un insolente y vil aventurero

y un iracundo sacerdote fueron

395

de un poderoso Rey los asesinos...

¡Tantos horrores y maldades tantas

por el oro que hollaban nuestras plantas!

Y mi Huáscar también...73 ¡Yo no vivía!

Que de vivir, lo juro, bastaría,

400

sobrara a debelar la hidra española

esta mi diestra triunfadora, sola.

Y nuestro suelo, que ama sobre todos

el Sol mi padre, en el estrago fiero





no fue, ¡oh dolor!, ni el solo, ni el primero:

405

que mis caros hermanos

el gran Guatimozín y Motezuma

conmigo el caso acerbo lamentaron

de su nefaria muerte y cautiverio,

y la devastación del grande imperio,

410

en riqueza y poder igual al mío...

Hoy, con noble desdén, ambos recuerdan

el ultraje inaudito, y entre fiestas

alevosas el dardo prevenido

y el lecho en vivas ascuas encendido.

415

¡Guerra al usurpador! -¿Qué le debemos?,

¿luces, costumbres, religión o leyes...?

¡Si ellos fueron estúpidos, viciosos,

feroces y por fin supersticiosos!



¿Qué religión?, ¿la de Jesús?... ¡Blasfemos!

420

Sangre, plomo veloz, cadenas fueron  
los sacramentos santos que trajeron.  
¡Oh religión!, ¡oh fuente pura y santa  
de amor y de consuelo para el hombre!,  
¡cuántos males se hicieron en tu nombre!

425

¿Y qué lazos de amor...? Por los oficios  
de la hospitalidad más generosa  
hierros nos dan, por gratitud, suplicios.

-115-

Todos, sí, todos; menos uno solo:  
el mártir del amor americano,

430

de paz, de caridad apóstol santo,  
divino Casas, de otra patria digno<sup>74</sup>;  
nos amó hasta morir.-Por tanto ahora



en el empuje entre los Incas mora.

En tanto la hora inevitable vino

435

que con diamante señaló el destino

a la venganza y gloria de mi pueblo:

y se alza el vengador.- Desde otros mares,

como sonante tempestad, se acerca,

y fulminó; y del Inca en la Peana<sup>75</sup>,

440

que el tiempo y un poder furial profana,

cual de un dios irritado en los altares,

las víctimas cayeron a millares.

¡Oh campos de Junín!... ¡Oh predilecto

hijo y amigo y vengador del Inca!

445

¡Oh pueblos, que formáis un pueblo solo

y una familia, y todos sois mis hijos!,

vivid, triunfad...» El Inca esclarecido



iba a seguir, mas de repente queda

en éxtasis profundo embebecido:

450

atónito, en el cielo

ambos ojos inmóviles ponía,

y en la improvisa inspiración absorto,

la sombra de una estatua parecía.

Cobró la voz al fin. «Pueblos -decía-

455

la página fatal ante mis ojos

desenvolvió el destino, salpicada

toda en purpúrea sangre, mas en torno

también en bello resplandor bañada.

Jefe de mi nación, nobles guerreros,

460

oíd cuanto mi oráculo os previene,

y requerid los ínclitos aceros,

y en vez de cantos nueva alarma suene;



que en otros campos de inmortal memoria

la Patria os pide, y el destino os manda

465

otro afán, nueva lid, mayor victoria.»

-116-

Las legiones atónitas oían;

mas luego que se anuncia otro combate,

se alzan, arman, y al orden de batalla

ufanas y prestísimas corrieran

470

y ya de acometer la voz esperan.

Reina el silencio; mas de su alta nube

el Inca exclama: «De ese ardor es digna

la ardua lid que os espera;

ardua, terrible, pero al fin postrera.

475

Ese adalid vencido<sup>76</sup>

vuela en su fuga a mi sagrada Cuzco,



y en su furia insensata,

gentes, armas, tesoros arrebató,

y a nuevo azar entregó su fortuna;

480

venganza, indignación, furor le inflaman

y allá en su pecho hierven, como fuegos

que de un volcán en las entrañas braman.

Marcha; y el mismo campo donde ciegos

en sangrienta porfía

485

los primeros tiranos disputaron

cuál de ellos solo dominar debía,

-pues el poder y el oro dividido

templar su ardiente fiebre no podía en

ese campo, que a discordia ajena

490

debió su infausto nombre y la cadena

que después arrastró todo el imperio,



allí, no sin misterio,

venganza y gloria nos darán los cielos.

¡Oh valle de Ayacucho bienhadado!

495

Campo serás de gloria y de venganza...

Mas no sin sangre... ¡Yo me estremeciera

si mi ser inmortal no lo impidiera!

Allí Bolívar en su heroica mente

mayores pensamientos revolviendo,

500

el nuevo triunfo trazará, y haciendo

de su genio y poder un nuevo ensayo,

al joven Sucre prestará su rayo<sup>78</sup>,

al joven animoso,

-117-

a quien del Ecuador montes y ríos

505

dos veces aclamaron victorioso.



Ya se verá en la frente del guerrero  
toda el alma del héroe reflejada,  
que él le quiso infundir de una mirada.

Como torrentes desde la alta cumbre

510

al valle en mil raudales despeñados,  
vendrán los hijos de la infanda Iberia,  
soberbios en su fiera muchedumbre,  
cuando a su encuentro volará impaciente  
tu juventud, Colombia belicosa,

515

y la tuya, ¡oh Perú!, de fama ansiosa,  
y el caudillo impertérrito a su frente.

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno!

Cual aturde y espanta en su estallido  
de hórrida tempestad el postrer trueno,

520

arder en fuego el aire,





en humo y polvo oscurecerse el cielo  
y, con la sangre en que rebosa el suelo,  
se verá al Apurímac de repente  
embravecer su rápida corriente.

525

Mientras por sierras y hondos precipicios,  
a la hueste enemiga  
el impaciente Córdova fatiga,  
Córdova, a quien inflama  
fuego de edad y amor de patria y fama,

530

Córdova, en cuyas sienes con bello arte  
crecen y se entrelazan  
tu mirto, Venus, tus laureles, Marte.

Con su Miller los Húsares recuerdan  
el nombre de Junín, Vargas su nombre,

535

y Vencedor el suyo79 con su Lara



en cien hazañas cada cual más clara.

Allá por otra parte,

sereno, pero siempre infatigable,

terrible cual su nombre, batallando

540

se presenta La-Mar80, y se apresura

la tarda rota del protervo bando.

-118-

Era su antiguo voto, por la patria

combatir y morir; Dios complacido

combatir y vencer le ha concedido.

545

Mártir del pundonor, he aquí tu día:

ya la calumnia impía

bajo tu pie bramando confundida,

te sonrío la Patria agradecida;

y tu nombre glorioso,

550



al armónico canto que resuena  
en las floridas márgenes del Guayas  
que por oírlo su corriente enfrena,  
se mezclará, y el pecho de tu amigo,  
tus hazañas cantando y tu ventura,

555

palpitará de gozo y de ternura.

Lo grande y peligroso

hiela al cobarde, irrita al animoso.

¡Qué intrepidez!, ¡qué súbito coraje  
el brazo agita y en el pecho prende

560

del que su patria y libertad defiende!

El menor resistir es nuevo ultraje.

El jinete impetuoso,

el fulmíneo arcabuz de sí arrojando,

lánzase a tierra con el hierro en mano,

565



pues le parece en trance tan dudoso  
lento el caballo, perezoso el plomo.  
Crece el ardor. Ya cede en toda parte  
el número al valor, la fuerza al arte.  
Y el Ibero arrogante en las memorias

570

de sus pasadas glorias,  
firme, feroz resiste, y ya en idea,  
bajo triunfales arcos, que alzar debe  
la sojuzgada Lima, se pasea.  
Mas su afán, su ilusión, sus artes... nada;

575

ni la resuelta y numerosa tropa  
le sirve. Cede al ímpetu tremendo;  
y el arma de Baylén rindió cayendo  
el vencedor del vencedor de Europa.

-119-

Perdió el valor, mas no las iras pierde,



580

y en furibunda rabia el polvo muerde;  
alza el párpado grave, y sanguinosos  
ruedan sus ojos y sus dientes crujen;  
mira la luz, se indigna de mirarla,  
acusa, insulta al cielo, y de sus labios

585

cárdenos, espumosos,  
votos y negra sangre y hiel brotando,  
en vano un vengador, muere, invocando.

¡Ah!, ya diviso míseras reliquias,  
con todos sus caudillos humillados,

590

venir pidiendo paz<sup>81</sup>; y generoso,  
en nombre de Bolívar y la Patria,  
no se la niega el Vencedor glorioso,  
y su triunfo sangriento  
con el ramo feliz de paz corona.



595

Que si Patria y honor le arman la mano  
arde en venganza el pecho americano,  
y cuando vence, todo lo perdona.

Las voces, el clamor de los que vencen,  
y de Quinó las ásperas montañas<sup>82</sup>

600

y los cóncavos senos de la tierra  
y los ecos sin fin de la ardua sierra,  
todos repiten sin cesar: ¡Victoria!

Y las bullentes linfas de Apurímac  
a las fugaces linfas de Ucayale<sup>83</sup>

605

se unen, y unidas, llevan presurosas,  
en sonante murmullo y alba espuma,  
con palmas en las manos y coronas,  
esta nueva feliz al Amazonas.

Y el espléndido rey al punto ordena



610

a sus delfines, ninfas y sirenas  
que en clamorosos plácidos cantares,  
tan gran victoria anuncien a los mares.  
¡Salud, oh Vencedor!, ¡oh Sucre!, vence,  
y de nuevo laurel orla tu frente;

615

alta esperanza de tu insigne patria,  
como la palma al margen de un torrente

-120-

crece tu nombre... y sola, en este día  
tu gloria, sin Bolívar, brillaría.

Tal se ve Héspero arder en su carrera;

620

que del nocturno cielo  
suyo el imperio sin la luna fuera.

Por las manos de Sucre la Victoria  
ciñe a Bolívar lauro inmarcesible.



¡Oh Triunfador!, la palma de Ayacucho,

625

fatiga eterna al bronce de la Fama,

segunda vez Libertador te aclama.

Esta es la hora feliz. Desde aquí empieza

la nueva edad al Inca prometida

de libertad, de paz y de grandeza.

630

Rompiste la cadena aborrecida,

la rebelde cerviz hispana hollaste,

grande gloria alcanzaste;

pero mayor te espera, si a mi Pueblo,

así cual a la guerra lo conformas

635

y a conquistar su libertad le empeñas,

la rara y ardua ciencia

de merecer la paz y vivir libre

con voz y ejemplo y con poder le enseñas.





Yo con riendas de seda regí el pueblo,

640

y cual padre le amé, mas no quisiera

que el cetro de los Incas renaciera;

que ya se vio algún Inca, que teniendo

el terrible poder todo en su mano,

comenzó padre y acabó tirano.

645

Yo fui conquistador, ya me avergüenzo

del glorioso y sangriento ministerio,

pues un conquistador, el más humano,

formar, mas no regir debe un imperio.

Por no trillada senda, de la gloria

650

al templo vuelas, ínclito Bolívar:

que ese poder tremendo<sup>84</sup> que te fía

de los Padres el íntegro senado,

si otro tiempo perder a Roma pudo,



en tu potente mano

655

es a la Libertad del Pueblo escudo.

-121-

¡Oh Libertad!, el Héroe que podía

ser el brazo de Marte sanguinario,

ése es tu sacerdote más celoso,

y el primero que toma el incensario

660

y a tus aras se inclina silencioso.

¡Oh Libertad!, si al pueblo americano

la solemne misión ha dado el cielo

de domeñar el monstruo de la guerra

y dilatar tu imperio soberano

665

por las regiones todas de la tierra

y por las ondas todas de los mares,

no temas, con este héroe, que algún día



eclipse el ciego error tus resplandores,

superstición profane tus altares,

670

ni que insulte tu ley la tiranía;

ya tu imperio y tu culto son eternos.

Y cual restauras en su antigua gloria

del santo y poderoso

Pacha-Camac el templo portentoso85,

675

tiempo vendrá, mi oráculo no miente,

en que darás a pueblos destronados

su majestad ingénita y su solio,

animarás las ruinas de Cartago,

relevarás en Grecia el Areopago,

680

y en la humillada Roma el Capitolio.

Tuya será, Bolívar, esta gloria,

tuya romper el yugo de los reyes



y, a su despecho, entronizar las leyes;

y la discordia en áspides crinada,

685

por tu brazo en cien nudos aherrojada,

ante los haces santos<sup>86</sup> confundidas

harás temblar las armas parricidas.

Ya las hondas entrañas de la tierra

en larga vena ofrecen el tesoro

690

que en ellas guarda el Sol, y nuestros montes

los valles regarán con lava de oro.

Y el Pueblo primogénito dichoso

de Libertad<sup>87</sup>, que sobre todos tanto

por su poder y gloria se enaltece,

695

-122-

como entre sus estrellas,

la estrella de Virginia resplandece,



nos da el ósculo santo

de amistad fraternal. Y las naciones

del remoto hemisferio celebrado,

700

al contemplar el vuelo arrebatado

de nuestras musas y artes,

como iguales amigos nos saludan,

con el tridente abriendo la carrera

la Reina de los mares, la primera<sup>88</sup>.

705

Será perpetua, ¡oh pueblos!, esta gloria

y vuestra libertad incontrastable

contra el poder y liga detestable

de todos los tiranos conjurados,

si en lazo federal, de polo a polo,

710

en la guerra y la paz vivís unidos;

vuestra fuerza es la unión. Unión, ¡oh pueblos!,



para ser libres y jamás vencidos.

Esta unión, este lazo poderoso

la gran cadena de los Andes sea<sup>89</sup>,

715

que en fortísimo enlace, se dilatan

del uno al otro mar. Las tempestades

del cielo ardiendo en fuego se arrebatan,

erupciones volcánicas arrasan

campos, pueblos, vastísimas regiones,

720

y amenazan horrendas convulsiones

el globo destrozar desde el profundo;

ellos, empero, firmes y serenos

ven el estrago funeral del mundo.

Ésta es, Bolívar, aun mayor hazaña

725

que destrozar el férreo cetro a España,

y es digna de ti solo; en tanto triunfa...



Ya se alzan los magníficos trofeos

y tu nombre, aclamado

por las vecinas y remotas gentes

730

en lenguas, voces, metros diferentes,

recorrerá la serie de los siglos

en las alas del canto arrebatado...

-123-

Y en medio del concento numeroso

la voz del Guayas crece

735

y a las más resonantes enmudece.

Tú la salud y honor de nuestro pueblo

serás viviendo, y Ángel poderoso

que lo proteja, cuando

tarde al empíreo el vuelo arrebatares

740

y entre los claros Incas



a la diestra de Manco te sentares<sup>90</sup>.

Así place al destino. ¡Oh!, ved al cóndor,

al peruviano rey del pueblo aerio,

a quien ya cede el águila el imperio,

745

vedle cuál desplegando en nuevas galas

las espléndidas alas,

sublime a la región del sol se eleva

y el alto augurio que os revelo aprueba.

Marchad, marchad, guerreros,

750

y apresurad el día de la gloria;

que en la fragosa margen de Apurímac

con palmas os espera la victoria.»<sup>91</sup>

Dijo el Inca; y las bóvedas etéreas

de par en par se abrieron,

755

en viva luz y resplandor brillaron





y en celestiales cantos resonaron.

Era el coro de cándidas Vestales,  
las vírgenes del Sol, que rodeando  
al Inca como a Sumo Sacerdote,

760

en gozo santo y ecos virginales

en torno van cantando

del Sol las alabanzas inmortales.

«Alma eterna del mundo,

dios santo del Perú, Padre del Inca,

765

en tu giro fecundo

gózate sin cesar, Luz bienhechora

viendo ya libre el pueblo que te adora.

-124-

La tiniebla de sangre y servidumbre

que ofuscaba la lumbre

770



de tu radiante faz pura y serena  
se disipó, y en cantos se convierte  
la querrela de muerte  
y el ruido antiguo de servil cadena.

Aquí la Libertad buscó un asilo,

775

amable peregrina,  
y ya lo encuentra plácido y tranquilo,  
y aquí poner la diosa  
quiere su templo y ara milagrosa;  
aquí, olvidada de su cara Helvecia,

780

se viene a consolar de la ruina  
de los altares que le alzó la Grecia,  
y en todos sus oráculos proclama  
que al Madalén y al Rímac bullicioso  
ya sobre el Tíber y el Eurotas ama92.

785



¡Oh Padre!, ¡oh claro Sol!, no desampares  
este suelo jamás, ni estos altares.

Tu vivífico ardor todos los seres  
anima y reproduce; por ti viven,  
y acción, salud, placer, beldad reciben.

790

Tú al labrador despiertas  
y a las aves canoras  
en tus primeras horas,  
y son tuyos sus cantos matinales;  
por ti siente el guerrero

795

en amor patrio enardecida el alma,  
y al pie de tu ara rinde placentero  
su laurel y su palma,  
y tuyos son sus cánticos marciales.

Fecunda, ¡oh Sol!, tu tierra,

800



y los males repara de la guerra.

Da a nuestros campos frutos abundosos,

aunque niegues el brillo a los metales,

da naves a los puertos,

-125-

pueblos a los desiertos,

805

a las armas victoria,

alas al genio y a las Musas gloria.

Dios del Perú, sostén, salva, conforta

el brazo que te venga,

no para nuevas lides sanguinosas,

810

que miran con horror madres y esposas,

sino para poner a olas civiles

límites ciertos, y que en paz florezcan

de la alma paz los dones soberanos,

y arredre a sediciosos y a tiranos.



815

Brilla con nueva luz, Rey de los cielos,  
brilla con nueva luz en aquel día  
del triunfo que magnífica prepara  
a su Libertador la patria mía.

-¡Pompa digna del Inca y del imperio

820

que hoy de su ruina a nuevo ser revive!  
Abre tus puertas, opulenta Lima,  
abate tus murallas y recibe  
al noble triunfador que rodeado  
de pueblos numerosos y aclamado

825

ángel de la esperanza  
y genio de la paz y de la gloria,  
en inefable majestad avanza.

Las musas y las artes revolando  
en torno van del carro esplendoroso,



830

y los pendones patrios vencedores  
al aire vago ondean, ostentando  
del sol la imagen, de iris los colores.

Y en ágil planta y en gentiles formas  
dando al viento el cabello desparcido,

835

de flores matizado,  
cual las horas del sol, raudas y bellas,  
saltan en derredor lindas doncellas  
en giro no estudiado;

las glorias de su patria

840

en sus patrios cantares celebrando  
y en sus pulidas manos levantando,  
albos y tersos como el seno de ellas,

-126-

cien primorosos vasos de alabastro



que espiran fragantísimos aromas,

845

y de su centro se derrama y sube

por los cerúleos ámbitos del cielo

de ondoso incienso transparente nube.

Cierran la pompa espléndidos trofeos

y por delante en larga serie marchan

850

humildes, confundidos,

los pueblos y los jefes ya vencidos:

allá procede el Ástur belicoso,

allí va el Catalán infatigable,

y el agreste Celtíbero indomable,

855

y el Cántabro feroz, que a la romana

cadena el cuello sujetó el postrero,

y el Andaluz liviano,

y el adusto y severo Castellano;



ya el áureo Tajo cetro y nombre cede,

860

y las que antes, graciosas

fueron honor del fabuloso suelo,

Ninfas del Tormes y el Genil, en duelo

se esconden silenciosas;

y el grande Betis viendo ya marchita

865

su sacra oliva, menos orgulloso,

paga su antiguo feudo al mar undoso.

El sol suspenso en la mitad del cielo

aplaudirá esta pompa- ¡Oh Sol!, ¡oh Padre!,

tu luz rompa y disipe

870

las sombras del antiguo cautiverio,

tu luz nos dé el imperio,

tu luz la libertad nos restituya;

tuya es la tierra y la victoria es tuya».





Cesó el canto; los cielos aplaudieron

875

y en plácido fulgor resplandecieron.

Todos quedan atónitos; y en tanto

tras la dorada nube el Inca santo

y las santas Vestales se escondieron.

-127-

Mas ¿cuál audacia te elevó a los cielos,

880

humilde musa mía? ¡Oh!, no reveles

a los seres mortales

en débil canto, arcanos celestiales.

Y ciñan otros la apolínea rama

y siéntense a la mesa de los dioses,

885

y los arrulle la parlera fama,

que es la gloria y tormento de la vida;

yo volveré a mi flauta conocida,



libre vagando por el bosque umbrío

de naranjos y opacos tamarindos,

890

o entre el rosal pintado y oloroso

que matiza la margen de mi río,

o entre risueños campos, do en pomposo

trono piramidal y alta corona,

la piña ostenta el cetro de Pomona<sup>93</sup>;

895

y me diré feliz si mereciere,

al colgar esta lira en que he cantado

en tono menos dino

la gloria y el destino

del venturoso pueblo americano,

900

yo me diré feliz si mereciere

por premio a mi osadía

una mirada tierna de las Gracias



y el aprecio y amor de mis hermanos,

una sonrisa de la Patria mía,

905

y el odio y el furor de los tiranos.

Epitalamio

que cantó en las bodas del señor conde del Villar de Fuente con la señora Pando,  
José

Joaquín de Olmedo. Museo, Año de 1802

Ven Himeneo, ven Himeneo.

Un feliz joven

ya dobla el cuello

al dulce yugo

de un amor tierno;

5



ya en sus altares  
quema el incienso,  
y ardientemente  
clamar le veo:  
Ven Himeneo, ven Himeneo.

10

Todos se rinden  
hoy a tu imperio,  
y alegres viven  
con ser tus siervos.

Sin ti los prados

15

quedaran secos,  
ni correrían  
los arroyuelos,  
ni regalaran  
al fácil viento

20



las tiernas aves

con su gorjeo:

Ven Himeneo, ven Himeneo.

-146-

La virgen tierna,

fijos al suelo

25

tiene los ojos,

los ojos bellos;

teme y desea,

mas bajo el velo

de la modestia,

30

tiene encubierto

el fuego dulce

de su deseo.

Ven Himeneo, ven Himeneo.

De Amores, Gracias,



35

y de tus Genios,

rodeado baja

del alto cielo;

ven, dios amable,

hijo de Venus,

40

da a los amantes

tu dulce beso;

sin ti, amor fuera

criminal fuego,

ni hubiera casto

45

puro recreo.

Ven Himeneo, ven Himeneo.

Así cantaba lleno de alegría

un coro de pastores;

y un coro de pastoras respondía:



50

En un hermoso prado,  
donde la rica Flora  
sus primores y galas atesora,  
un bello altar yo miro consagrado  
al dios de los amores

55

y al venturoso y plácido Himeneo.  
El altar coronado  
aparece de flores;  
y las Ninfas y Gracias hechiceras,  
de las más olorosas,

60

dos guirnaldas hermosas  
componen placenteras.

-147-

¡Mil veces venturosas  
las sienes delicadas



a las cuales un premio tan sagrado

65

el cielo en su bondad ha destinado!

Luego la compañía

ya el santo altar rodea,

ya por el verde prado se pasea.

Los pastores decían:

70

Ven Himeneo, ven; ven Himeneo,

y las tiernas pastoras repetían:

Ven Himeneo, ven; ven Himeneo,

¡Qué dulce alternativa!,

¡qué bella perspectiva!,

75

¡qué tocante espectáculo, formado

al placer de los ojos y del alma!

Ya las voces sonoras

se esparcen, se dilatan





en las alas del viento voladoras.

80

Al plácido ruido

de esta voz delicada,

parece recibir vida y sentido

aun la naturaleza inanimada,

pues a su voz los montes repetían:

85

Ven Himeneo, ven; ven Himeneo,

Fácil el dios desciende rodeado

de sus Genios parciales,

que anuncian a lo lejos su venida;

con su tea encendida

90

vienen mil cupiditos retozando

y festivos cantando

dulces himnos, canciones celestiales.

Llegaron al altar, y los zagales



con ardiente porfía

95

se alegran, como nunca se alegraron;

así cual suele siempre bulliciosa

la república libre de las aves

esforzar más los cánticos süaves

cuando aparece el día,

100

-148-

y el fiel esposo de la tierna aurora

con su llama benigna y apacible

las altas cumbres de los montes dora.

Toma el dios las guirnaldas en la mano.

Todos, todos callaron,

105

y esperaban ansiosos

que llegasen los jóvenes dichosos.

Llegan, y la decente compostura,



los pasos majestuosos,

la modesta hermosura

110

y ese ánimo tranquilo,

sin embargo de que arde y de que anhela,

están diciendo, sin querer decirlo:

Éste Gonzales es, ésta es Manuela.

La plácida alegría

115

se deja ver del dios en la ancha frente;

y a la joven esposa

la corona de rosa,

y otra corona igual pone al esposo.

Aquí es más fervoroso

120

el cántico del coro enardecido,

que en dos alas hermosas dividido,

con plácidos transportes de alegría,



el dulce y grato nombre

de Manuela y Gonzales repetía.

125

La sonrosada virgen inocente

aparece vestida

de un ropaje talar, cuya blancura

la fe sincera y pura

del tierno corazón está indicando,

130

y entre el amor, el gozo

y el pudor vacilando,

ya se acerca al altar como temblando.

Se le anuda la voz, cuando procura

pronunciar el solemne juramento;

135

solamente su amor en ese instante

lo descubre su seno palpitante;

-149-



su seno, pues sus ojos hechiceros,  
cual lánguidos luceros  
inmóviles se fijan en la tierra.

140

Luego el esposo amante  
mira a la esposa amada  
con ternura indecible... ¡oh, qué mirada!  
y un largo y mudo abrazo  
es el sagrado lazo

145

con que estrecha Himeneo  
tan sensibles, tan tiernos corazones,  
enlazada felice,  
y alma Fecundidad la unión bendice.

-[150]- -151-

A una amiga

Arroyo cristalino,

que con susurro blando



vas del monte a la selva

y de la selva al prado;

travieso cefirillo,

5

que con tu aliento grato

mueves hojas y flores

que son gala del campo;

parleras avecillas,

que en trinos regalados,

10

cuando el sol nace o muere,

llenáis el aire vago;

y cuando vive y crece

en este suelo bajo,

y cuanto se remonta

15

hasta el cielo estrellado;

todo cuanto florece



en los valles y prados,  
y aun las bestias feroces  
que son del monte espanto;

20

todos conmigo unidos  
en coros acordados,  
celebrems el día  
de la que hace mi encanto.

A un amigo

¿Por qué ha dado tu lira  
tan áspero sonido,  
tu lira que cantaba  
de Filis el favor y los hechizos?

¿Acaso murió Filis,

5

su amor era fingido,  
o el almo desengaño  
bajó del cielo a darte sus avisos?



¿Tu juventud se huyera,

las canas te han salido,

10

o ya la triste ruga

en tu frente tortuosos surcos hizo?

¡Ay no!... pues la edad pasa

más presta que un navío

con viento favorable,

15

más que el dardo del arco desprendido.

¿Qué a la vejez te espera

de tedios y suspiros,

insensible a la fuerza

ya de los ojos negros y del vino?

20

En lugar de las rosas

de que antes te has ceñido,

verás la sien cercada





de lirio melancólico y marchito.

-154-

Todo se irá, dejando

25

mil recuerdos sombríos;

la ocasión, pues, no dejes,

sorprende la ocasión, ¡qué haces, amigo!

El tiempo te convida

a navegar: propicio

30

está el viento, y el cielo

sereno está, y el vasto mar tranquilo.

Navega, pues, que en breve

todo será peligros,

se deshará la nave

35

y se alzarán violentos torbellinos;

o en enfadosa calma,



si no tienes peligros,  
no verás los jardines  
hechiceros de Pafos y de Gnido.

40

Vuelva a dar, pues, tu lira  
delicado sonido,  
e inflámense con ellos  
las tímidas doncellas y los niños.

Mira que presto vuelan

45

placeres fugitivos,  
tiende, tiende las redes,  
ninguno escape el lazo ya tendido.

Si no tienes objetos  
del dulce verso dignos,

50

ven a este fértil pueblo,  
hallarás mil Elenas y Calipsos;



o bien todas las Gracias,

los Amores unidos

en los ojos de Nise,

55

de mi amor, de mi bien, del dueño mío.

-155-

Los verás, y pasmado

los amarás conmigo,

cantarás cual solías

en tiempo más feliz, de amor herido.

60

Sí, cantarás sus ojos,

causa de mis delirios,

negros, grandes, rasgados,

de enroscadas pestañas defendidos.

Sus ojos celestiales,

65

ya lánguidos, ya vivos,



ya fijos, ya vagantes

y en su modestia misma tan lascivos.

[...]99

-[156]- -157-

Décimas

Para templar el calor

de la estación y la edad,

me abandonas sin piedad,

mi hechizo, mi único amor.

Te engañas, porque el ardor

5

de un alma fina y constante,

si está de su bien distante,

crece en el agua, en la nieve,

y sólo templarse debe

en el seno de un amante.

10

Ven, pues, dulce amiga, luego,



que tú eres la sola fuente  
que puede mi sed ardiente  
saciar, y templar mi fuego.

En vano buscaré ciego

15

más gracia, más perfección,  
otro afecto, otra pasión,  
porque tus ojos divinos  
solos saben los caminos  
que van a mi corazón.

20

-[158]- -159-

A mi Magdalenita

Mi juguetona Musa,  
aunque con torpe lira,  
por esta vez pretende  
consagrarte su voz, Magdalenita.

No examines si es dulce,



5

si es bella mi poesía,  
atiende solamente  
al afecto sincero que la dicta.

Pero en este momento  
la memoria se aviva

10

de que estás tanto tiempo  
del hermano que te ama, dividida.

Y este triste recuerdo  
todo placer me quita,  
y funestas ideas

15

sólo ofrece a mi triste fantasía.  
Tinieblas me parece  
la amable luz del día,  
y me son hasta odiosas  
las cosas que los otros ven y admiran.



20

Pero importa muy poco,  
amable hermana mía,  
que estemos separados,  
estando nuestras almas tan unidas.

-160-

Ellas siempre atraviesan

25

la distancia infinita  
que nos separa; se unen,  
dulcemente conversan y se miran.

Se prestan mutuamente

las promesas más finas;

30

y un genio, un modo mismo  
de pensar y de obrar, la unión confirma.

Alguna vez las dudas

perturban nuestra dicha,



pero a pocos instantes

35

como ligeras nubes se disipan.

¡Felices los que así aman!

Así Magdalenita

será con José, siempre

del amor fraternal imagen viva.

40

Mi corazón es tuyo,

mis afectos, mi vida;

pero todo esto es menos

de lo que tú mereces todavía.

Mis tiernas expresiones

45

reparte en la familia,

adiós. Tu amante hermano.

Octubre veintiséis, escrita en Lima.

-161-





Mi retrato

A mi hermana Magdalena

¡Qué dignos son de risa  
esos hombres soberbios,  
que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos!

De blasones ilustres

5

sus cuadros están llenos,  
de insignias y de libros  
y pomposos letreros.

De este modo ellos piensan

que sus retratos viejos

10

serán un gran tesoro  
a sus hijos y nietos,  
y que todos los hombres  
del siglo venidero



su arrugada figura

15

mirarán con respeto.

¡Oh, cómo se disipan

esas torres de viento!

Tú alguna vez me viste

reírme de mi abuelo

20

con su blonda peluca

y sus narices menos.

Si los hombres se olvidan

aun de los hombres muertos,

¿qué no harán, hermanita,

25

qué no harán con los lienzos?

-162-

En rincones oscuros,

de vil polvo cubiertos,



aun los hombres más grandes

duermen un sueño eterno.

30

Permíteme que piense

de un modo muy diverso:

otros, enhorabuena,

quieran hacerse eternos

por sus grandes hazañas,

35

por sus grandes talentos;

pero yo ¡vida mía!

más mérito no tengo

que ser hermano tuyo,

pues lo demás es menos

40

Y como el hombre sabio,

filósofo y modesto

con la vida presente



sólo vive contento,

deja que en cuanto pueda

45

imite estos ejemplos,

pues el sabio en sus obras

nos deja su diseño.

Así no me interesa

que tuviesen Homero,

50

Virgilio, Horacio, Ovidio,

buen rostro o rostro feo:

instrúyanme sus obras,

deléitenme sus versos;

lo demás, ¡amor mío!

55

no merece un deseo.

Deja que quieto viva

en el presente tiempo,



pues el tiempo futuro,  
ya no estaré muy lejos,

60

insensible al aplauso,  
insensible al concepto  
que de mí formar quieran  
los sabios y los necios.

-163-

Gózate que no tenga

65

esos vanos deseos;  
deja que sin desquite  
en mis alegres versos,  
muy ufano me ría  
de esos hombres soberbios

70

que piensan perpetuarse  
pintándose en los lienzos.



¡Cuán duro es retratarse,  
y más cuando uno es feo!,  
por ti hago el sacrificio.

75

Lo mandas; te obedezco.  
El pintor soy yo mismo;  
venga, venga un espejo  
que fielmente me diga  
mis gracias y defectos.

80

Ya está aquí: no tan malo;  
yo me juzgué más feo,  
y que al verme soltara  
los pinceles de miedo.

Pues ya no desconfío

85

de darte algún contento,  
y más cuando me quieres,



y yo me lo merezco.

Imagínate, hermana,  
un joven, cuyo cuerpo

90

tiene de alto dos varas,  
si les quitas un dedo.

Mi cabello no es rubio,  
pero tampoco es negro,  
ni como cerda liso,

95

ni como pasa crespo.

La frente es espaciosa,  
como hombre de provecho;  
ni estirada, arrugada,  
ni adusta mucho menos.

100

-164-

Las cejas bien pobladas



y algo oscuro su pelo,

y debajo unos ojos

que es lo mejor que tengo:

ni muy grandes, ni chicos,

105

ni azules, ni muy negros,

ni alegres, ni dormidos,

ni vivos, ni muy muertos.

Son grandes las narices,

y a mucho honor lo tengo,

110

pues narigones siempre

los hombres grandes fueron:

el célebre Virgilio,

el inmortal Homero,

el amoroso Ovidio,

115

mi amigo y mi maestro.





La boca no es pequeña,  
ni muy grande en extremo;  
el labio no es delgado,  
ni pálido, o de fuego.

120

Los dientes son muy blancos,  
cabales y parejos,  
y de todo me río  
para que puedan verlos.

La barba es algo aguda,

125

pero con poco pelo:  
me alegro, que eso menos  
tendré de caballero.

Sobre todo, el conjunto

algo tosco lo creo:

130

el color no es muy blanco,



pero tampoco es prieto.

Menudas, pero muchas

cacarañitas tengo,

pues que nunca faltaron

135

sus estrellas al cielo.

Mas por todo mi rostro

vaga un aire modesto,

cual transparente velo

que encubre mis defectos.

140

-165-

Hermana, ésta es mi cara:

¿qué tal?, ¿te ha dado miedo?

Pues aguarda, que paso

a pintarte mi cuerpo.

No es largo, ni encogido,

145



ni gordo mi pescuezo:

tengo algo anchos los hombros

y no muy alto el pecho.

Yo no soy corcobado

mas tampoco muy tieso;

150

aire de petimetre

ni tengo ni lo quiero.

La pierna no es delgada,

el muslo no es muy grueso,

y el pie que Dios me ha dado

155

no es grande ni pequeño.

El vestido que gasto

debe siempre ser negro,

que, ausente de ti, sólo,

de luto vestir debo.

160



Una banda celeste  
me cruza por el pecho,  
que suele ser insignia  
de honor en mi colegio.

Ya miras cómo en todo

165

disto de los extremos;  
pues lo mismo, lo mismo  
es el alma que tengo.

En vicios, en virtudes,  
pasiones y talentos,

170

en todo ¡vida mía!  
en todo guardo un medio:  
sólo, sólo en amarte  
me voy hasta el extremo.

Mi trato y mis modales

175



van a par con mi genio:  
blandos, dulces, sin arte  
lo mismo que mis versos.  
Este es, pues, mi retrato,  
el cual queda perfecto,

180

-166-

si una corona en torno  
de su frente ponemos,  
de rosas enlazadas  
al mirto y laurel tierno,  
que el Amor y las Musas

185

alegres me ciñeron.  
Y siéntame a la orilla  
de un plácido arroyuelo,  
a la sombra de un árbol,  
floridos campos viendo;



190

y en un rincón del cuadro  
tirados en el suelo,  
el sombrero, la banda,  
las borlas y el capelo.

Me pondrán en el hombro

195

con mil lascivos juegos  
la amorosa paloma  
que me ha ofrecido Venus.

Junto a mí, pocos libros,  
muy pocos, pero buenos:

200

Virgilio, Horacio, Ovidio;  
a Plutarco, al de Teyo,  
a Richardson, a Pope,  
y a ti ¡oh Valdés!, ¡oh tierno  
amigo de las Musas,



205

mi amor y mi embeleso!

Y al pie de mi retrato,

pondrán este letrero:

«Amó cuanto era amable,

amó cuanto era bello».

210

¡Oh, retrato dichoso!,

vas donde yo no puedo:

tu suerte venturosa

¡con cuánta envidia veo!

Anímate a la vista

215

de aquella que más quiero,

y dile mis ternuras,

y dile mis deseos.

-167-

Dale mil y mil veces



pruebas de mi amor tierno,

220

y dale mil abrazos,

y en la mejilla un beso.

Lima, 1803.

-[168]- -169-

Al retrato de un Cupido dado por Nise

¿Dónde corres, Cupido,

a la luz de tus fuegos,

seguido de tu madre

tan alegre y contento?

Para más bien, y llora:

5

no todos son tus siervos;

la joven que yo adoro

se resiste a tu imperio.

Deja ya ese arco flojo

por el uso y el tiempo,





10

ni tu dorada aljaba  
penda de tu hombro bello,  
y apaga de tu tea  
el ya lánguido fuego,  
que la joven que adoro

15

se resiste a tu imperio.  
Antes bien busca flechas  
y un arco más certero,  
y o súmete en la tierra,  
o levántate al cielo,

20

para encender tu antorcha  
de más activo fuego,  
pues la joven que adoro  
se resiste a tu imperio.

-[170]- -171-



A Nise, dándose a la vela

Ay, que de tu nave

ya se hinchan los linos

al soplo del viento

y de mis suspiros.

Bella fugitiva,

5

mi hechizo, mi amor.

Piensa en mi tormento

al decirte adiós.

El fuego secreto

que en el pecho mío

10

hace un año que arde

sin ser conocido,

hoy nada respeta,

hoy ya es un delirio

y un ciego furor...



15

Piensa en mi tormento

al decirte adiós.

Cual tímida virgen

que, cuando la miran,

toda ruborosa

20

tiembla y se retira,

y piensa que es crimen

aun alzar la vista,

tal era mi amor.-

Piensa en mi tormento

25

al decirte adiós;

-172-

Hoy es un guerrero

que a todo se atreve,

y que entre las llamas



y la cierta muerte,

30

intrépido, osado,

el muro rebelde

pisa triunfador.

Piensa en mi tormento

al decirte adiós.

35

Cual débil arroyo

de agua cristalina

que en murmurio blando

corre y se desliza,

y a cualquier tropiezo

40

cortés se desvía,

tal era mi amor.-

Piensa en mi tormento

al decirte adiós;



Hoy es un torrente

45

que, con furia extraña,

de escarpado monte

despeñado baja,

y a los hondos valles

loco se arrebatá

50

con grande fragor.

Piensa en mi tormento

al decirte adiós.

Cual sólo te atreves,

céfiro suave,

55

a mecer las flores,

y, oculto en su cáliz,

apenas respiras

su aroma fragante,



tal era mi amor.-

60

Piensa en mi tormento

al decirte adiós;

-173-

Hoy es un terrible

huracán violento,

que arrasa los campos,

65

amenaza al cielo,

las nubes inflama,

y en el mar tremendo

ceba su furor.

Piensa en mi tormento

70

al decirte adiós.

-[174]- -175-

En la muerte



de doña María de Borbón, princesa de Asturias

Señor, Señor, el pueblo que te adora,

bajo el peso oprimido

de tu cólera santa, gime y llora.

Ya no hay más resistir: la débil caña

que fácil va y se mece

5

cuando sus alas bate el manso viento,

se sacude, se quiebra, desaparece

al recio soplo de huracán violento.

Así tu ira, Señor, bajo las formas

de asoladora peste y hambre y guerra,

10

se derramó por la infeliz España,

y aquella que llenó toda la tierra

con hazañas tan dignas de memoria,

en sus débiles hombros ya ni puede

sostener el cadáver de su gloria;



15

y la que, un tiempo, Reina se decía  
de uno y otro hemisferio,  
y vio besar su planta, y pedir leyes  
a los pueblos humildes y a los reyes,  
llora cual una esclava en cautiverio.

20

¿Y en medio a tantos males,  
olvidas tus cuidados paternos,  
olvidas tu piedad, y hasta nos robas  
la más dulce esperanza  
en la amable Princesa,

25

dechado de virtud y de belleza?...

-176-

¡Oh memorable día  
aquel en que la grande Barcelona,  
saltando el noble pecho de alegría,





y ufana y orgullosa

30

al verse de sus reyes visitada,

vio la mar espumosa

besar su alta muralla,

y deponer después sobre su playa,

ante el inmenso pueblo que esperaba,

35

el precioso tesoro

que la bella Parténope mandaba!100

Y entre las salvas y festivos vivas,

la augusta joven pisa ya la tierra,

que devota, algún día,

40

reina, señora y madre le diría.

Ni se sacian los ojos de mirarla,

y nadie puede verla sin amarla.

Llena de noble agrado, y apacible



y fácil y accesible,

45

siembra amor por doquier. Llega y conquista.

Todos los corazones son ya suyos...

Malograda Princesa,

no has muerto sin reinar. Un pueblo entero

libre te ha obedecido;

50

que quien ama obedece,

y sólo amor merece

lo que no puede el oro ni el acero.

¿Dó están las esperanzas, madre España,

las altas esperanzas que formaste,

55

cuando las bellas ramas

de un mismo excelso tronco entrelazaste?

¿Dó los tiempos pimpollos

que el tálamo real brotar debiera,



por cuyas venas la gloriosa sangre

60

del domador de Nápoles corriera;

que de su gloria y nombres herederos,

y a la sombra del trono

del grande Carlos y la amable Luisa,

crecieran, se elevaran

65

y feliz perpetuaran

-177-

la sucesión de reyes piadosos,

benéficos y bravos y guerreros

y padres de la patria verdaderos?

¿Dó, España, fueron tus ardientes votos,

70

que ante el altar postrada,

la noble faz bañada

en lágrimas de gozo,



en día tan dichoso

al cielo religiosa dirigiste?

75

Señor, ensordeciste

a su clamor, y a su llorar cegaste,

y los ojos tornaste

llenos de indignación: tembló la tierra,

y los cielos temblaron;

80

todos los elementos cruda guerra<sup>101</sup>

entre sí concitaron;

rómpele el aire en rayos encendido;

retumba en torno el trueno estrepitoso,

el viento enfurecido

85

silba, conturba el mar; y las escuadras

en su arduo combatir van y se chocan,

ciegas se mezclan, se destrozan luego,



y al fondo de la mar de sangre y fuego,  
como la piedra, bajan, desaparecen.

90

Todos, todos perecen  
confundidos, sin gloria y sin venganza;  
y tu ira sólo triunfa. Después llamas  
al ángel de la muerte, y le señalas  
la digna primogénita de Iberia.

95

Él se alza, y reverente,  
velada de temor su faz gloriosa  
con las brillantes alas,  
te oye y ciñe la espada reluciente,  
del Egipto a los hijos ominosa,

100

de su sangre aún teñida,  
y vuela a obedecerte...

Hiere, y cae la víctima inocente,



víctima de expiación de tus pecados,

España delincuente,

105

y herida cae de aquella misma espada,

-178-

con que una infiel nación fue castigada;

que al Todopoderoso

es altamente odioso,

quizá más que el infiel, su pueblo ingrato.

110

En tanto ya los males y dolores,

soldados indolentes, que militan

bajo el pendón sombrío de la muerte,

volteando en torno de la real cabeza

una tan cara vida amenazaron.

115

Sus ojos se anublaron,

sobre sus labios la sonrisa muere,



y se sienta la pálida tristeza  
en los ojos, que fueron  
el trono del amor y de las gracias;  
120  
y su pecho, en que ardía  
la viva y casta llama de Fernando,  
se fatiga, se oprime... Un mismo día  
ha visto nuestra dicha  
nacer, crecer, morir; y fue la noche  
125  
de tan alegre día  
la noche de la tumba oscura y fría.  
En vano ¡ay!, cuán en vano  
agotó el arte humano  
su saber, su poder... El alto cielo  
130  
su decreto de muerte dio... y el ángel  
libertador de Isaac retardó el vuelo.



Cumana Profetisa102

que desde tu honda y misteriosa cueva,

de furor agitada,

135

y en éxtasis sublime enajenada,

oráculos terribles revelaste,

¿por qué no levantaste

de la tumba, do yaces tantos siglos,

la venerable frente,

140

y la sagrada lengua desatando,

por qué no presentaste

los imperios caídos,

-179-

y los cetros rompidos

sobre el sepulcro triste y pavoroso?,

145

y ¿por qué no turbaste





el gozo de tu Nápoles, (cantando  
el funeral destino que arrastraba  
a las playas ibéricas su hija),  
cuando fió a las olas

150

la reina de las gentes españolas?  
Y el luto de tu patria o nunca fuera,  
o, ya previsto mal, menos le hiriera.  
Y tú que, ya cortados  
los lazos que te unían

155

al trono y a la vida y a Fernando,  
y tu esfuerzo a los cielos contenían,  
te elevaste segura,  
cual llama hermosa y pura,  
del pábulo terrestre desprendida;

160

ve la mísera España



al extremo dolor abandonada

el real manto rugado,

la negra cabellera deslizada,

y ceñida la frente

165

de jacinto al ciprés entrelazado,

gemir sobre tu losa. Y los gemidos

su hija América oyendo también gime,

y triste y desolada

así suelta la voz apesarada:

170

«¡Oh!, ¡qué imprevisto golpe

mi herido corazón de nuevo hierde!...,

vi el monstruo de la guerra

ya en el antiguo mundo no cabiendo,

nadar, romper los mares tormentosos;

175

y a su terrible aspecto, a su bramido



espavorida retemblar mi tierra;

y vi la planta impura

del ínfido Bretón y codicioso,

en presencia del cielo,

180

manchar mi casto y religioso suelo;

vi mis campos talados,

vi profanar mis templos, mis altares,

vi mis hijos morir... ¡hijos amados!,

-180-

por su patria, su rey, su Dios armados;

185

cuyas manos valientes

sólo al morir soltaron el acero

bañado en sangre y gloria, único alivio

de esta viuda infeliz... ¡Carlos!, mis hijos

murieron ¡ay!, no mueran sin venganza;

190



que si vencer los fuertes no pudieron,

lidiar al menos y morir supieron».

Suspende, amada patria, tus querellas.

Sígueme, que en las alas

del rayo impetuosas,

195

cual la reina del aire,

me lanzo a las mansiones venturosas.

Las puertas eternas de improviso

se abrieron... ¿Oyes el armonioso,

arrebatado canto

200

que en torno suena del cordero santo?,

¿y entre el sublime y resonante coro,

cuál se alza fervorosa

de Antonia la oración, y cuál ofrece

su juventud, su vida, su martirio,

205



por los males del pueblo que ama tanto?

Ve ya del trono santo

bajar entre inefables resplandores

la mirada de paz, y el rayo ardiente

caerse de la diestra omnipotente.

210

Y tú, alado ministro de venganza,

tú que segaste en flor nuestra esperanza,

ve a decir a los pueblos enemigos

que la ira celestial se ha serenado;

que ya el Señor nos llama sus amigos,

215

que él solo nuestra fuerza quebrantaba,

que hoy su poder conforta nuestro brazo.

Di que tiemblen, que somos invencibles,

y que el León ibero,

la su crespa melena

220



erizada, ya rota la cadena,

rugirá; y al rugido

-181-

huyendo el insular precipitado

por sus ingratas olas,

el gran tridente soltará usurpado

225

en las tendidas playas españolas<sup>103</sup>.

Lima, Mayo, 1807.

-[182]- -183-

Himno a Diana

Dedicado al amable cazador, mi amigo J. R. O.

Ven, hermosa Diana,

y da al cazador,

que tus leyes sigue,

tu gracia y favor.

Ven que tú en los campos

5



fuiste la primera  
que agitó las fieras  
y las tiernas aves,  
que cantan süaves  
cuando nace el sol.

10

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Al viento vagaba

15

tu libre cabello,  
y del hombro bello  
la aljaba pendía,  
y el pie te lamía  
el can corredor.

20



Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

-184-

Dame las saetas

25

de tu arco certero,  
o haz que el plomo fiero  
alcance y traspase  
cuando al monte pase  
el ciervo veloz.

30

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Si al zarzal huyere





35

la ágil gallareta,  
con su rastro inquieta  
al diestro sabueso,  
y al tenaz latido,  
del cieno escondido

40

salga desalada,  
corra, vuelva y caiga,  
aunque alas le añada  
su mismo temor.

Ven, hermosa Diana,

45

y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Dicen que se goza

sólo en la ciudad



50

de amor, de amistades  
y dulce recreo,  
mas yo en este empleo  
la ciudad olvido,  
su brillo, su ruido,

55

y olvido el amor.  
Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

60

-185-

Que tú castigaste  
al curioso Acteón,  
que de amor movido  
desnuda te vió.



Convertido en ciervo

65

al punto corrió,

y los tus sabuesos

con rabia feroz

parten a vengarte

de la injuria atroz.

70

El bosque llenaron

de agudo clamor;

lo siguen, lo acosan

con curso veloz,

parten sus entrañas

75

y su corazón.

Los necios y ciegos

sigan al Amor,

y sufran y penen,



que a Diana amo yo.

80

Ven, hermosa Diana,  
y da al cazador,  
que te ama y te sigue,  
tu ayuda y favor.

Si tú dirigieres

85

mi tímida mano,  
ningún tiro vano  
saldrá del cañón;  
y yo te prometo

con todo el respeto

90

de mi corazón  
no cazar jamás  
sin invocarte antes  
con esta canción.



Ven, hermosa Diana,

95

y da al cazador,

que te ama y te sigue,

tu ayuda y favor.

-186-

Vamos, compañeros,

¿no veis los accesos

100

de nuestros sabuesos?,

vamos con ardor.

No temáis al frío,

no temáis al sol,

que ya volveremos

105

cargados, sudosos,

pero más gloriosos

que un conquistador.



-187-

Dedicatoria

a J. R. O.

Y tú, mi dulce amigo,  
que con la caza alegre  
el afanoso estudio  
alternas y entretienes,  
sigue, sigue gozando

5

el placer de los reyes;  
la diosa de los bosques  
su gracia te promete.

Mas si en la selva umbrosa

dos palomitas vieres

10

acariciarse tiernas,  
el tiro, cruel, suspende;  
perdón a sus caricias,



y díles cuando vuelen:

«Si acaso sois de aquellas

15

que en Chipre tiran siempre

el carro de la madre

del amor y el deleite,

id allá desaladas,

palomas inocentes,

20

y en vuestro dulce arrullo

que Venus sola entiende,

decidle: Tu poeta

nos libró de la muerte».

-[188]- -189-

La palomita

(Anacreóntica)

¿Dime de dónde vienes?,

dímelo por tu vida,



¿dónde vas?, ¿de quién eres,

amable palomita?

-El amoroso Olmedo

5

a su Nise me envía,

a la graciosa Nise,

su amor y su delicia.

Yo antes era de Venus,

y de las más queridas,

10

yo su carro tiraba

y en todo la servía.

Mas del calor huyendo

en un estivo día,

o por buscar la sombra,

15

que es del amor amiga,

con mi amante palomo,





blanco como yo misma,  
en una selva umbrosa  
entré, y me vi perdida.

20

Que un cazador amable  
que allí por caso había  
nos mira, y nos asesta  
su cañón homicida.

Mas se contuvo luego,

25

no sé por qué, y con risa  
como que algo recuerda  
oí que me decía:

-190-

«Si acaso eres de aquellas  
que allá en la Chipre tiran

30

el carro de la madre



de amorosas delicias,  
vuela allá desalada,  
cándida palomita,  
y en tu arrullo que entiende

35

sólo Venus divina,  
dile que su poeta  
te libertó la vida».

Ajena ya del susto  
volé alegre y festiva

40

a referirle a Venus  
lo de la selva umbría.

En su caliente seno  
me acoge y me decía:

«Ya estás en mi regazo

45

¿qué temes, cuitadilla?,



no más de susto tiemblen  
tus candidas alitas.

Pero yo premiar quiero  
al que debes la vida.

50

Ve a mi tierno poeta,  
dile que soy su amiga,  
y ofrécele mi gracia  
y protección divina».

De entonces dejé a Venus,

55

dejé a Chipre por Lima,  
y vine a ser de Olmedo,  
que es la ternura misma.

De entonces soy su esclava,  
y le sirvo muy fina:

60

suya soy, y son tuyas



estas letras que miras.

Libertad cuando torne

dijo que me daría:

mas yo sin él no quiero

65

ni libertad ni vida.

Con mi arrullo le aduermo,

-191-

mi pico le acaricia,

le cubro con mis alas

en las mañanas frías.

70

Comer quiero, y el grano

pico en su mano misma;

y si dormir, me arrulla

su blanda y dulce lira.

Pero... ingrato me engaña;

75



todo, todo es mentira,

sus melosas palabras,

sus besos y caricias.

Yo estoy, oh pasajero,

de los celos perdida,

80

pues mi amo sólo quiere

a una niña muy linda;

y aun conmigo estos versos

le manda a mi enemiga,

a la graciosa Nise,

85

su amor y su delicia.

Adiós, sé delicado

y calles, que la dicha

de amar y ser amado,

entre las almas finas,

90



crece con el misterio

mengua con la noticia.

Y adiós, que me detengo

más de lo que debía,

y temo que mi ingrato

95

al volver me reciba

sin ojos placenteros,

sin su amable sonrisa,

pues el que ama y espera

con lo menor se irrita.

100

-[192]- -193-

El árbol

A la sombra de este árbol venerable

donde se quiebra y calma

la furia de los vientos formidable,

y cuya ancianidad inspira a mi alma



un respeto sagrado y misterioso,

5

cuyo tronco desnudo y escabroso

un buen asiento rústico me ofrece,

y que de hojosa majestad cubierto

es el único rey de este desierto,

que vastísimo en torno me rodea;

10

aquí mi alma desea

venir a meditar; de aquí mi musa,

desplegando sus alas vagarosas,

por el aire sutil tenderá el vuelo;

ya cual fugaz y bella mariposa,

15

por la selva florida,

libre, inquieta, perdida,

irá en pos de un clavel o de una rosa,

ya cual paloma blanda y lastimera



irá a Chipre a buscar su compañera,

20

ya cuál garza atrevida

traspasará los mares,

verá todos los reinos y lugares,

o cual águila audaz alzará el vuelo

hasta el remoto y estrellado cielo.

25

¿No ves cuán ricas tornan a sus playas

de las Indias las naves españolas

a pesar de los vientos y las olas?,

pues muy más rica tornarás, mi musa,

de imágenes, de grandes pensamientos,

30

-194-

y de cuantos tesoros de belleza

contiene en sí la gran naturaleza;

y de tu largo vuelo fatigada





vendrás a descansar, como a seguro  
y deseado puerto,

35

a la sombra del árbol del desierto.

¡Necio de mí!, ¿qué he visto?,

¡cuántas veces mejor me hubiera estado

gozar en grata paz menos curioso

de este ocio dulce, fresco y regalado,

40

que ver el espectáculo horroroso

que la perjura Francia,

de su seno feraz en sediciones,

en escándalo ofrece a las naciones!

¿Dónde están esas leyes decantadas

45

por la justicia y la equidad dictadas?

¿Mas qué aprovechan leyes sin virtudes?,

¡ni cómo las virtudes celestiales,



don de Dios el más puro y más sagrado,

han de habitar el corazón malvado

50

de un pueblo sedicioso,

cuyo jefe ambicioso,

cualquier senda, aunque sea

toda de sangre y crímenes cubierta,

la cree justa, legítima, segura,

55

si oro, poder y cetro le procura!

Los pueblos sabios, libres y virtuosos

en el trono sentaron a las leyes,

y se postraban a sus pies los reyes.

Pero el tirano, no: sentose él mismo,

60

y las leyes sagradas

puso a sus pies sacrílegos postradas.

Y nada perdonó para su intento:



su valor, su talento,  
aun las virtudes mismas le sirvieron,

65

y tenidas en máximas de Estado  
su respetable máscara le dieron.

-195-

Viose la religión inmaculada,  
hija del cielo noble y generosa,  
sierva de su política insidiosa;

70

y el grande protector de la fe santa,  
con suma reverencia,

los Evangelios en París decora  
y el Alcorán en el Egipto adora.

¡Qué crímenes, qué males,

75

no ha dado la ambición a los mortales!

Ella sola es cual llama abrasadora,



que las mieses devora;

mas la ambición unida a la fortuna

es torrente impetuoso,

80

que atropellando todo se derrama,

y devora las mieses y la llama.

Así a los pueblos se anunció el tirano,

y ésta es la perspectiva aborrecida

que ofrecerá a quien ose desrollarle

85

el lienzo ensangrentado de su vida.

En el infausto y execrable día

en que se vió la libertad francesa

al carro vencedor en triunfo atada;

cuando al trono de Luis, César subía,

90

en medio del tumulto y la alegría

de un pueblo esclavo... Bruto, ¿dónde estabas?



No es tarde aún; ven, besaré tu mano  
bañada con la sangre del tirano.

¡Ay!, ¡que la tierra toda estremecida

95

tiemble por donde pasa y brota sangre!

¡Qué nuevo crimen! ¡Dios!, ¡oh madre España,

tu fe pura y entera,

y tu misma virtud cuánto te daña!

Un corazón virtuoso,

100

noble, fiel, generoso,

no sospecha jamás que se le engañe.

¡Oh traición inaudita!... Las montañas

desplómense y en polvo se deshagan;

-196-

los bramadores y hórridos volcanes

105

humo espeso vomiten



de sus vastas y lóbregas entrañas;  
y densas nubes de humo y polvo encubran  
tan gran maldad del miserable suelo  
al vengador y poderoso cielo.

110

¡España! ¡España! ¡La amistad sagrada,  
esa necesidad tan cara al hombre,  
ese placer y celestial encanto,  
ese lazo el más santo  
de las almas, no es más que un vano nombre,

115

un nombre sin sentido  
y una red que el tirano te ha tendido!  
Osó llamar el pérfido a tus reyes  
y dioles como amigos  
de la amistad el ósculo fingido;

120

y cuando en su poder seguros fueron,



tratoles como viles enemigos,  
y expiar les hace en bárbaras prisiones  
el crimen de ser reyes y Borbones.

Siervos del crimen, nuestros caros reyes

125

volvednos, sí, volvednos nuestros padres,  
los dioses de la España,  
y venid a quitarlos en campaña.

Siervos viles del crimen, acordaos  
de la inmortal jornada de Pavía;

130

de allí, del mismo campo de batalla,  
cautivo y prisionero,  
vio entrar Madrid vuestro monarca fiero.

Imitad, si podéis, tan grande hazaña.

Esto es honor; y si queréis vengaros,

135

volvednos nuestros reyes



y venid a quitarlos en campaña.

Los siglos pasan, nuestra gloria dura:

cuando a cubrirnos de un baldón eterno

la fiel posteridad ya se apresura.

140

-197-

¡Oh musa!, tú que viste

el furor de la mar estrepitosa

y los vientos horrisonos oíste

y el fracaso espantoso de las olas,

tú sola pintar puedes

145

el ardor de las armas españolas,

la ira y celo con que por todas partes

va y corre la nación precipitada

¡Guerra!, clamando, y a la voz de ¡Guerra!,

cómo brota la tierra

150





y las montañas brotan gente armada  
a la guerra y venganza aparejada.  
¡Guerra, venganza!... ¡Oh cuánto a su deseo  
ya tarda en coronarse el Pirineo  
de las pérfidas huestes enemigas!

155

Nunca el indio salvaje ni el viajero,  
la senda en noche lóbrega perdida,  
tanto del sol ansiaron la salida,  
como impaciente el español espera  
mirar la luz primera

160

que le refleje el enemigo acero.  
¡Oh qué sed tan violenta  
de tu sangre le abraza y atormenta!...  
Ya en el campo de Marte sanguinoso  
le hará ver que en España,

165



para vengar la afrenta  
de Dios, del rey y de la patria santa,  
cada hombre es un soldado,  
y que cada soldado es un Pelayo,  
cada pecho un broquel, cada arma un rayo.

170

Dios santo y poderoso,  
brazo, virtud y gloria en la pelea,  
tú que tocas el monte y luego humea,  
tú que miras la tierra y se estremece,  
toca y mira ese pueblo que en su gloria,

175

sin referirla a ti, se ensoberbece.  
Tú ¡oh Dios!, que a los humildes y a los mansos,  
la posesión has dado de la tierra,  
¡ay!, no permitas que el varón de sangre  
tu nación extermine,

180



-198-

ni que en la tierra toda desolada  
cubierta de cadáveres domine.

Antes tú, que quisiste  
para santificar la justa guerra,  
el Dios de los ejércitos llamarte,

185

y en tus pueblos caudillos elegiste,  
y su defensa y su victoria fuiste,  
nuestro brazo conforta, y con tu aliento,  
cual huracán violento,

turba las huestes del perjuro bando

190

que las sagradas leyes quebrantando  
de amor y de amistad y santa alianza,  
a guerra nos provocan y a venganza.

Y tú, mi musa, en tanto

que el mundo tiemble de furor y espanto,



195

y entre los fieros males  
que preceden, que siguen, que acompañan  
a la venganza, la ambición vacila;  
tú, mi musa, pacífica y tranquila,  
cual tímida paloma,

200

que se esconde en su nido,  
la tempestad huyendo que ya asoma,  
vendrás a guarecerte,  
mientras lo exija mi destino incierto,  
a la sombra del árbol del desierto.

205

Lima, 1809.

-199-

Parodia épica

¿Ves cuál se precipita en ígneo sulco,  
de la ominosa nube desprendido



, el rayo asolador, de ronco trueno

y luz deslumbradora precedido;

y de las enriscadas, desiguales

5

sierras derroca las enormes masas

de portentosa, horrible pesadumbre,

que desraigando los añosos robles,

fuertes encinas y sublimes pinos,

en derredor los valles asordando,

10

con fracaso espantable por las faldas

ásperas y fragosas saltan, ruedan

y allá en el hondo abismo se despeñan;

y a un tiempo los soberbios capiteles,

que entre nubes de lejos se divisan,

15

y valles y collados señorean,

que el tiempo respetó, con mil estragos



se desploman y en polvo se deshacen:

templos, casas, alcázares, palacios,

do en asiática pompa el lujo ríe,

20

la altiva frente rinden, y deshechas

el suelo besan que antes desdeñaban,

y sus vastas ruinas portentosas

grandes, pequeños, ricos, pobres, buenos,

malos, fuertes y débiles sepultan;

25

grito de muerte a las esferas sube,

un silencio de muerte le sucede?...

En tanto... en tanto... ¡Oh descripción amiga,

ya el aliento me falta; otro te siga!..

A un amigo

(Don Gaspar Rico)

En el nacimiento de su primogénito

¡Tanto bien es vivir, que presurosos



deudos y amigos plácidos rodean

la cuna del que nace,

y en versos numerosos

con felices pronósticos recrean

5

la ilusión paternal! Uno la frente

besa del inocente

y en ella lee su próspero destino;

otro, ingenio divino,

sed de saber y fama

10

y de amor patrio la celeste llama

ve en sus ojos arder; y la ternura,

el candor y piedad otro divisa

en su graciosa y plácida sonrisa.

Pero ¿será feliz?, ¿o serán tantas

15

hermosas esperanzas, ilusiones?



Ilusiones, Risel. Ese agraciado  
niño, tu amor y tu embeleso ahora,  
hombre nace a miseria condenado.

Vanos títulos son para librarle

20

su fortuna, su nombre.

Mas ¿qué hablo yo de nombre y de fortuna?,

si su misma virtud y sus talentos

serán en estos malhadados días

-202-

un crimen sin perdón... La moral pura

25

la simple, la veraz filosofía,

y tus leyes seguir, madre Natura,

impiedad se dirá. Rasgar el velo

que la superstición, la hipocresía

tienden a la maldad; decir que el cielo

30





límites ciertos al poder prescribe  
como a la mar; y que la mar insana  
menos desobediente  
es al alto decreto omnipotente:  
impiedad... sedición... Por toda parte,

35

la frente erguida, el vicio se pasea,  
llevando por divisa «audacia y arte».

Tienta, seduce, inflama,

ni oro, ni afán perdona;

da a la maldad por galardón la fama,

40

se atreve a todo, y triunfa, y se corona.

¡Qué escenas, Dios!, ¡qué ejemplos!, ¡qué peligro!

¿Y es tanto bien vivir? -¡Siquiera el cielo

a más serenos días retardará,

oh niño, tu nacer!, que ahora sólo

45



el indigno espectáculo te espera  
de una patria en mil partes lacerada,  
sangre filial brotando por doquiera,  
y, crinada de sierpes silbadoras,  
la discordia indignada

50

sacudiendo, cual furia horrible y fea,  
su pestilente y ominosa tea.

¡Oh!, ¡si te fuera dado al seno oscuro  
pero dulce y seguro,  
de la nada tornar!... y de este hermoso

55

y vivífico sol, alma del mundo,  
no volver a la luz, sino allá cuando  
ceñida en lauro de victoria ostente  
la dulce patria su radiosa frente,  
el astro del saber termine

60



su conocido giro al occidente,  
y el culto del arado y de las artes,  
más preciosas que el oro,

-203-

haga reflorecer en lustre eterno,  
candor, riqueza y nacional decoro,

65

y leyes de virtud y amor dictando,  
en lazo federal las gentes todas  
adune la alma paz, y se amen todas...

y ¡oh triunfo!, derrocados

caigan al hondo abismo

70

error, odio civil y fanatismo.

Traed, cielos, en alas presurosas  
este de expectación hermoso día.

Entretanto, Risel, cauto refrena  
el vuelo de esperanza y de alegría.



75

¡Oh, cuántas veces una flor graciosa  
que al primer rayo matinal se abría,  
y gloria del vergel la proclamaba  
la turba de los hijos de la Aurora,  
y algún tierno amador la destinaba

80

a morir perfumando el casto seno  
de la más bella y más feliz pastora!,  
¡oh, cuántas veces mustia y desmayada  
no llega a ver el sol, que de improviso  
la abrasa el hielo, el viento la deshoja,

85

o quizá hollada por la planta impura  
de una bestia feroz ve su hermosura!  
Empero tu deber, Risel amado,  
ya que te ves alzado  
a la sublime dignidad de padre,



90

te manda no temer; antes el fuerte  
pecho contraponer a la violenta  
avenida del mal y de la suerte.

Virtud, ingenio tienes. Sirva todo,  
no sólo a dirigir la índole tierna

95

de tu hijo al bien, que en desunión eterna  
está con la ambición y la mentira,  
sino a purificar en algún modo  
el aire infecto que doquier respira.

Aprenda de tu ejemplo

100

prudencia, no doblez; valor, no audacia;

-204-

moderación en próspera fortuna,  
constante dignidad en la desgracia.

Porque cuando en el monte se embravece



hórrida tempestad, el flaco arbusto

105

trabajado del ábrego perece,

mas al humilde suelo nunca inclina

su excelsa frente la robusta encina,

antes allá en las nubes señorea

los elementos en su guerra impía

110

y al fulgurante rayo desafía.

Y tú, mi dulce amiga, cuyo hermoso

corazón es el ara

del amor conyugal y la ternura,

que por seguir y consolar tu esposo,

115

en tabla mal segura

osaste hollar con varonil denuedo

mares por sus naufragios tan famosas,

y cortes más que mares procelosas;



tú, que aun en medio del dolor serena,

120

viste abrirse a tus pies la tumba oscura,

ni asomada a su abismo te espantaste,

y ansiedad, y amargura,

en los pesares sólo,

mal merecidos, de Risel mostraste,

125

o cuando el tierno pecho te asaltaba

dulce memoria de tu patria ausente;

¡oh!, entonces no sabías

que al volver a tu patria y tus amigos

en premio el cielo a tu virtud guardaba

130

lo que negó a diez años de deseos,

y que madre a tu madre abrazarías.

Gózate para siempre, amiga mía;

huyó la nube en tempestad preñada,



y te amanece bonancible día.

135

Éste, éste de la patria el caro suelo,  
éste su dulce y apacible cielo,  
éstos tus lares son. ¿Por qué suspiras?

No es ya mentido sueño lo que miras...

Esa que tierna abrazas es tu madre,

140

-205-

tú, más feliz que yo, tu madre abrazas...

mientras yo ¡deshdichado!,

sólo en la tumba abrazaré la mía.

Tú, sé feliz, y goza ya, segura

de sobresalto fiero,

145

inefable delicia en el cariño

de este precioso niño,

primera prenda de tu amor primero.





Paréceme mirarte embebecida

en sus ingenuas y festivas gracias;

150

y, cuando más absorta, de improviso

una lágrima ardiente

de tus ojos brotar... el inocente

cual si entendiera lo que entonces piensas,

las manecitas cariñosas tiende,

155

abre en sonrisa la encarnada boca

y el dulce beso maternal provoca.

Bésale, veces mil, y esta dulzura

divide con Risel. Sabia Natura

no te formó al nacer amable, hermosa,

160

sino para ser madre y ser esposa.

Y tú, querido infante, que ignorando

cuál será tu destino, en la dorada



blanda cuna te meces,

y agraciado sonrías

165

o ledó te adormeces;

ya que mirar la luz te ha dado el cielo,

vive, florece; y tus amigos vean

que en honor y consuelo

de tu familia y de tu patria creces.

170

Sigue como tus padres alentado

de la virtud la senda,

y nada temas; que en cualquier estado

vive el hombre de bien serenamente

a una y otra fortuna preparado.

175

-206-

Y libre, o en cadena, y aun alzada

sobre su cuello la funesta espada,



en noble impavidez antes la frente  
a la ceñuda adversidad humilla  
que a un risueño tirano la rodilla.

180

Lima, 1817.

-207-

Canción

Aquel velo misterioso  
que al pudor la noche da,  
es más bello y más hermoso  
que el sol en su claridad.

Ven, pues, noche, no te tardes,

5

ven mis dichas a colmar.

Allá lejos tras los montes  
escondiéndose el sol va;  
ésta es la hora venturosa  
del placer y de la paz.



10

Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Ven, amiga, presurosa,  
que mi amor te espera ya,  
y cada sombra me engaña

15

pensando que tú serás.  
Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Las palomas se acarician  
y se quejan a la par:

20

con sus quejas y caricias  
dulce ejemplo nos darán.  
Llega, noche, no te tardes,  
ven mis dichas a colmar.

Marzo de 1817.



-[208]- -209-

Canción al nueve de octubre

¿Veis esa luz amable  
que raya en el oriente  
cada vez más luciente  
en gracia celestial?

Esa es la aurora plácida

5

que anuncia libertad.

Esa es la aurora plácida

que anuncia libertad.

Coro

Saludemos gozosas

en armoniosos cánticos

10

esa aurora gloriosa

que anuncia libertad,

libertad, libertad.



Nosotras guardaremos

con ardor indecible

15

tu fuego inextinguible,

oh santa libertad,

como vestales vírgenes

que sirven a tu altar,

como vestales vírgenes

20

que sirven a tu altar.

-210-

Coro

Saludemos gozosas

en armoniosos cánticos

esta aurora gloriosa

que anuncia libertad,

25

libertad, libertad.



Haz que en el suelo que amas

florezca en todas partes

el culto de las artes

y el honor nacional.

30

Y da con mano pródiga

los bienes de la paz,

y da con mano pródiga

los bienes de la paz.

Coro

Saludemos gozosas

35

en armoniosos cánticos

esta aurora gloriosa

que anuncia libertad,

libertad, libertad.

-211-

Ensayo sobre el hombre



por Alejandro Pope

Epístola primera<sup>104</sup>

Despierta, amigo, y generoso deja  
las necias esperanzas, los caprichos  
de la ambición al vulgo de los reyes.

Y pues el soplo de la vida apenas  
nos permite observar lo que nos cerca,

5

y se extingue después, ven y corramos  
sobre esta escena rápida del hombre.

¡Qué laberinto!, exclamas. Mas no pienses

que carece de plan. Árbol que tiente  
con sus hermosos y vedados frutos,

10

campo do rosas entre abrojos nacen,  
recorrámosle pues; y cuanto muestra  
sobre su faz o dentro el seno guarda,  
conmigo indagarás, y las tortuosas





sendas que sigue quien se arrastra ciego,

15

o el loco aturdimiento del orgullo

que en su mentida elevación se pierde.

-212-

Seguir tu clara voz, naturaleza,

es nuestro fin, la necedad humana

confundir en su error, y ver las causas

20

de quejas y opiniones siempre dignas

de risa o de censura. Al Dios del hombre

a los ojos del hombre vindiquemos.

Sobre Dios, sobre el hombre alguna idea

sólo por lo que vemos nos formamos.

¿Qué vemos en el hombre? Un ser dotado

de reflexión, que su lugar prescrito

con los demás en la creación ocupa;

y toda nuestra ciencia sobre el hombre



a estos solos principios se reduce.

Que a Dios conozcan mundos infinitos  
que ni los puede divisar la vista,  
ni el alma imaginar; que allá le adoren...

Nosotros conocerle y adorarle  
debemos en el nuestro. En audaz vuelo

35

quien el espacio penetrar pudiere  
y mundos sobre mundos ver girando  
para formar el universo, y nuevos  
planetas descubrir y nuevos soles,

-213-

y ver qué seres las estrellas pueblan;

40

ése podrá decir por qué Dios hizo  
el mundo tal como es... Mas, di, ¿tú sabes  
cuáles de esta obra son los fundamentos?,  
¿el mutuo lazo que sus partes une?,



¿la justa proporción, y la insensible

45

gradación de los seres? O bien, dinos,

¿podrá una parte contener su todo?

Y esta cadena que lo enlaza todo,

y lo sostiene todo ¿de qué manos,

de las de Dios, o de las tuyas pende?

50

¿La razón indagar ¡necio!, procuras,

por qué eres ciego y débil? ¡Eh!, debías

antes buscar la causa aun más oculta

por qué no eres más débil y más ciego.

Ve a tu madre la tierra a preguntarle

55

¿por qué el roble será más alto y fuerte

que no las zarzas que a su sombra crecen?

O pregunta a los cielos ¿por qué causa

son menores que Júpiter las lunas



que en torno giran de él? ¡Ah!, si es muy justo

60

que de cuantos sistemas son posibles

prefiera la eternal sabiduría

el que fuere mejor, donde las partes

sin la menor interrupción se adunen

para no disolverse, y donde ocupe

65

cada ser su lugar; fuerza es que el hombre

tenga el suyo también en esa escala

de los seres que viven y que sienten.

Y aunque ardan en disputas las escuelas,

ya sólo resta investigar si el hombre

70

está con relación a su destino

mal colocado en el lugar que ocupa.

Lo que es mal para el hombre, puede y debe

ser un bien para el todo: el arte humano



cuando se esfuerza más, produce apenas

75

aun con mil movimientos un efecto;

-214-

pero Dios con un solo movimiento

llena todo su fin, y aun otros fines

prepara y perfecciona... Y así el hombre

que es aquí el móvil primordial y solo

80

en este orden, quizá subordinado

a otra esfera mayor, mueve una rueda

y concurre a otro fin que él no conoce.

¡Quién, pues, comprenderá de este gran todo

el plan y fin y dirección y leyes,

85

si una mínima parte sólo vemos!

Cuando el fiero caballo reconozca

la mano que le doma, y mal su grado



la refrena o le aguija en su carrera;  
y cuando sepa el lento buey por qué abre

90

ora la dura tierra, ora es llevado  
cual víctima al altar, ora, ceñido  
de flores cual un dios, Menfis le adora;  
entonces conocer, hombre orgulloso,  
podrás también tu fin, y adónde tienden

95

tu acción y tu pasión, cuáles las causas  
son del bien y del mal, qué te reprime  
o qué te impele a obrar, por qué unas veces  
de una deidad te elevas a la esfera  
y otras de un siervo á la vileza bajas.

100

No digas, pues, que el hombre es imperfecto  
y que Dios hizo mal; antes confiesa  
que el hombre, a quien es dado solamente



gozar del tiempo un fugitivo instante,

y ocupar del espacio un solo punto,

105

debe ser tan feliz y tan perfecto

como su ser y condición exige.

Del libro del Destino nadie puede

leer sino la línea en que está escrito

lo presente no más. Próvido el cielo

110

al bruto oculta cuanto inspira al hombre;

y a éste cuanto a los ángeles revela.

¿Quién pudiera jamás vivir tranquilo

sin esta oscuridad?... Cuando el cordero

-215-

es por su gula condenado a muerte,

115

si él tu razón tuviera, ¿lo verías

tan alegre y lascivo en la pradera



pacer, brincar, y en inocente halago

lamer la dura mano que le hiere?

¡Oh feliz ceguedad de lo futuro!

120

Gracioso don, a todo ser prestado,

porque llene mejor su fin; en tanto

que el sabio Autor en plácido reposo

su obra sublime conservando mira

con ojo siempre igual un vil insecto,

125

a un héroe perecer, en el espacio,

ya un sistema, ya un átomo perderse,

y ampollas de aire o mundos disolverse.

Refrena, pues, el vuelo de tu orgullo,

y espera que la muerte esos misterios

130

te venga a revelar, y a Dios adora.

El ignorar te deja sabiamente





cuál tu felicidad futura sea;  
mas para la presente, una esperanza  
que no muere jamás puso en tu seno.

135

Si aquí no eres feliz, tú debes serlo  
en otro orden de tiempos y de seres.  
¡Oh, cómo el alma inquieta y limitada  
reposa y se engrandece en esta idea!

El Indio pobre en su rudez sumido

140

ve en las nubes a Dios, le oye en los vientos;  
ni vanas artes ni orgullosa ciencia  
su alma inerte excitaron a elevarse  
más allá de la esfera en que el sol brilla;  
su pensar, su saber, no van más lejos

145

de lo que alcanzan sus sentidos torpes;  
mas la simple natura, de esperanza



no le privó; y allá tras de aquel monte,  
cuya cima se pierde entre las nubes,  
un cielo él se promete, o se imagina

150

un mundo en cuyos bosques solitarios  
libre pueda vagar, o ya en el medio

-216-

del mar una isla más dichosa, donde  
un cruel conquistador jamás arriba  
por saciar la sed de oro, derramando

155

sangre doquier y servidumbre dura  
en nombre de su Dios; donde el esclavo  
ve su tierra natal, y alegre vive  
sin que un amor feroz y avaricioso  
en mil modos le oprima, y sin espectros,

160

que la superstición crédula forja,



la paz del sueño y de la noche turben.

Contento de existir, él no desea

ni las alas del ángel, ni la llama

en que arde el serafín, mas se complace

165

en la dulce ilusión de que su amigo,

su perro fiel, será su compañero

allá en el mismo cielo que se finge.

Pero tú eres más sabio... En tu balanza

pesa, pues, tu opinión contra la ciencia

170

del pródigo Hacedor, y señalando

dó está la imperfección, di que unas veces

se muestra liberal, otras avaro;

y para darle perfección a su obra,

pon lo que falta, lo que sobra quita,

175

destruye a tu placer todos los seres,



o nuevos cría, y en tu orgullo exclama:

«Si el hombre no es feliz, si no es perfecto,

y si no es inmortal, si en él no emplea

todo su amor y su cuidado el cielo,

180

Dios es injusto», y arrancando osado

el cetro y la balanza de sus manos,

sé dios de Dios, y juzga su justicia.

Amigo, vuelve en ti, de nuestro orgullo

nace todo el error. Nadie en su esfera

185

se puede contener; todos aspiran

a otra mayor: los ángeles ser dioses,

y los hombres ser ángeles quisieran.

Si aspirando a ser Dios se perdió el ángel,

aspirando a ser ángel se hace el hombre

190

de aquella misma rebelión culpable;



-217-

pues invertir la eterna ley del orden  
es pecar contra Dios, es exponerse  
a su eterno designio... y se prepara  
la universal disolución del mundo.

195

Si preguntas ¿por qué los astros brillan?,  
si preguntas ¿por qué la tierra existe?  
-«Sólo es por mí -responderá el orgullo por  
mí derrama liberal natura,

de frutos y de flores coronada,

200

todos sus dones del fecundo seno;  
por mí da en su estación la vid, la rosa  
su néctar y su aroma; por mí encierran  
las minas mil tesoros, y los vientos  
sobre la mar me llevan obedientes,

205



nace el sol a alumbrarme, y es la tierra  
mi pedestal, y mi dosel el cielo».

Mas cuando el sol en sus letales rayos  
asoladora peste al mundo envía;  
cuando las tempestades, terremotos

210

y erupciones volcánicas arrasan  
y sepultan los pueblos y naciones;  
¿no se podrá decir que se extravía  
natura de su fin, y que en el mundo  
reina el genio del mal? -«No, no -responde

215

la voz de la razón que nunca engañapues  
la primera Causa omnipotente  
sólo por leyes generales obra  
que invierte rara vez, cuando le place  
y nunca sin razón; y el mal permite

220



si a conservar el todo contribuye».

Por esta justa ley, cuanto hay criado,  
todo cuanto no es Dios, es imperfecto  
y mudable y mortal. El hombre solo  
¿no sufrirá esa ley?... Naturaleza

225

tal vez del grande fin que se propuso  
de hacer feliz al hombre, se desvía,  
y aun el hombre también; ¿qué importa?... El orden  
de ese desorden aparente nace.

Aquel gran fin, en sucesión perenne

230

lluvias, calor, serenidad requiere,  
o más bien una eterna primavera;  
no menos que en los seres racionales  
moderación, frugalidad, templanza,  
y un orden regular en sus deseos.

235



Pues si en el orden regular no alteran  
el designio de Dios las tempestades,  
las pestes, y violentos terremotos,  
¿lo han de alterar los crímenes infandos  
de un Borja, de un Nerón?... Así lo piensa,

240

en el delirio de su orgullo, el hombre  
si ve que puede Dios hacer que el vicio  
de su justicia a los designios sirva.

¿Quién osará inculpar la Providencia  
en el orden moral, si vindicada

245

siempre en el orden natural la observa?

Por una misma regla juzga de ambos;  
mas siempre errados vagarán tus juicios  
si tu vana razón no sometieres  
a la razón universal del mundo.

250





Y ¿no fuera mejor, dirás, que todo  
fuese en el mundo físico, armonía  
y en el moral, virtud?, ¿que por los vientos,  
jamás el mar se viera combatido,  
ni nuestro corazón, por las pasiones?

255

¡Necio!, ¿no ves que del perpetuo choque  
de los discordes elementos nace,  
subsiste el todo, y que los elementos  
de tu vida y tu ser son las pasiones?...

Así desde el principio de las cosas

260

el orden general se ha conservado  
en la naturaleza y en el hombre.

Y ¿éste a qué aspira? Siempre descontento,  
si alza su frente al cielo y se contempla  
poco inferior al ángel, más que un ángel,

265



siendo hombre, quiere ser; si sus miradas

después abate al suelo, se lamenta

de no tener la fuerza de los toros

-219-

o la piel de los osos, o del ciervo

la rara agilidad.-Si para su uso

270

todas las criaturas hechas fueron

¿de qué le serviría si él gozara

todas las dotes y atributos de ellas?

Órganos, facultades convenientes

a su destino, a cada cual ha dado

275

con mano sabia y liberal, natura;

y en todo justa proporción guardando,

la menos fuerza recompensa en unos

con más agilidad, y otros defectos

de otros repara con mayor instinto.



280

Nada añadirse ni quitarse puede.

No hay bestia, no hay insecto que no sea  
tan perfecto y feliz como demanda  
su humilde condición. Y ¿para el hombre,  
y para el hombre solo, será el cielo

285

ingraciable y cruel?... ¿Y quien se dice  
único racional, juzga que nada  
en sí tiene, si no lo tiene todo,  
siempre quejoso, nunca satisfecho?  
¡Hombre!, si un necio orgullo no te ciega,

290

conocerás que el ser feliz estriba  
en no pensar ni obrar sino como hombre  
y en no aspirar a dotes más sublimes  
ni a mayor perfección de la que sufre  
tu noble condición y tu destino.



295

Con más delicadeza, tus sentidos  
inútiles te fueran y aun dañosos;  
si un ojo microscópico tuvieras,  
las partes, los menores movimientos  
vieras de un arador, mas no gozaras

300

del grandioso espectáculo del cielo;  
si más fino tu olfato y tacto fuera,  
el choque más ligero, la más dulce  
impresión de una flor te causaría  
el dolor o la muerte; un trueno horrible

305

fuera cada rumor; siempre aturdido

-220-

del armónico son de las esferas  
sintieras no escuchar la melodiosa  
queja del ruiseñor, del vago viento



el grato susurrar entre las ramas,

310

y el tono adulador del arroyuelo.

Adora, pues, la gran sabiduría

del muy Alto, en los dones que te ha dado;

y en lo que niega, su bondad adora.

¡Por la inmensa creación, cuál va la escala

315

de inercia, vida, instinto, pensamiento,

en insensible gradación, subiendo

desde la humilde raza del insecto

a la estirpe del hombre soberana!

¡Qué modificaciones de sentidos!,

320

¡qué grados intermedios desde el topo

a quien odiosa piel la luz le niega,

al lince perspicaz!... ¡De la leona

que al ruido de su presa por la noche



ciega se lanza105, al perro cuyo olfato

325

discurriendo le lleva por un rastro  
imperceptible, al más remoto objeto!

¡Cuál el oído, cuál la voz creciendo  
va desde el mudo pez, a las canoras  
aves de abril en la florida selva!

330

¡Qué finura en el tacto de la araña  
sobre las redes que afanosa teje!,  
¡en cada hilo vivir, sentir parece!  
¡Con qué discernimiento va la abeja  
libando aun de las plantas venenosas

335

un licor saludable y delicioso!  
Y en el orden de instinto, si la mente  
fijas, ¡qué variedad desde el inundo  
vil cerdo que en el fango se revuelca



al casi racional noble elefante!

340

Y ¡cuán débil barrera se interpone

entre ese instinto y la razón humana!

¡Próximos siempre, y siempre separados?...

-221-

¿Quién conocer podrá la estrecha alianza

entre la sensación y el pensamiento?

345

¡Oh, cuántos seres!, ¡cuántas relaciones!

¿Y quién dirá de sus indefinibles

medias naturalezas, cómo tienden

a unirse siempre sin jamás tocarse,

ni menos traspasar esa invencible,

350

esa línea sutil que les separa?

Turba la justa gradación de seres,

y al punto los verás cómo se impelen,



se chocan, se destruyen... y se rompe

la unión, la relación de unos a otros,

355

y de todos al hombre; y si tan varias

facultades y dotes y atributos

están subordinados a ti solo,

porque te cupo la razón en parte

cual un destello de celeste llama;

360

di, pues, que tu razón todo lo abraza,

que tu razón se sobrepone a todos.

Discurre por los aires, corre el globo,

sonda la mar, descubrirás doquiera

la materia agitándose fecunda

365

y pronta a producir. ¡Cuál se dilata

la progresión de seres!, hacia arriba

¡a qué altura se eleva inaccesible!,





en torno ¡qué extensión interminable!,  
hacia abajo también ¡en qué insondable

370

profundidad se pierde!.... El principio  
de la cadena es Dios; siguen por orden  
ángeles, hombres, bestias, aves, peces,  
insectos invisibles. ¡Qué intervalo  
del infinito a ti, de ti a la nada!

375

Si al lugar de los seres superiores  
tú aspiraras, al tuyo aspirarían  
los seres inferiores, y un vacío  
fuera de la creación, donde si quitas  
una grada, la escala se destruye;

380

y, roto un eslabón de la cadena,  
la cadena también toda se rompe.



Así un sistema de celestes cuerpos  
gira obediente a sus centrales leyes  
que tienen relación con otros mundos,

385

que poblarán la inmensidad del cielo.

Alterar un tanto este orden, porque acaso  
de allí esperas un bien, verás que al punto  
la confusión de un cuerpo se difunde  
a su sistema, y del sistema al todo,

390

y caerá destruido el universo:

la tierra de su centro sacudida  
se escapará de su órbita, y los soles  
y planetas irán ciegos rodando  
sin ley cierta ni fin; precipitados

395

los ángeles que rigen las esferas  
serán también; los seres sobre seres



se abismarán, y mundos sobre mundos;

del cielo desquiciándose los ejes

vacilará su eterno fundamento,

400

y ante el trono de Dios, Naturaleza

temblará horrorizada al ver abierto

el espantable abismo de la nada.

¿Por quién desorden tanto? ¡Por el hombre!,

¡por un gusano vill!... ¡Oh, cuánto exceso

405

de orgullo, de impiedad y de locura!

¡Qué, si rebeldes nuestros miembros niegan

su ministerio al alma que los rige!,

¡si el pie formado para hollar la tierra,

si la mano al trabajo destinada,

410

oler, gustar, oír o ver quisiesen,

y a cumplir su destino se negasen!...



¡Qué confusión! Pues mucho mayor fuera

si en esta inmensa fábrica aspirara

cada parte a ser otra, desdeñando

415

el empleo y lugar que le ha prescrito

la excelsa mente del Rector supremo.

No son todos los seres sino partes

de este admirable todo cuyo cuerpo

es la naturaleza, y Dios el alma.

420

-223-

Dios que igualmente su poder ostenta,

grandeza y perfección creando la tierra

o la esplendente bóveda del cielo,

un átomo sutil o el sol radioso,

un hombre vil que en la miseria gime

425

o el puro serafín que arrebatado



en éxtasis le adora. Para él nada  
es alto, bajo, grande ni pequeño;  
todo ante Dios es nada. Su inefable  
espíritu penetra los abismos

430

del cielo y de la tierra; enlaza, llena  
y lo sostiene todo; se transforma  
en cada ser, quedando siempre el mismo;  
nos calienta en el sol, y nos recrea  
con las alas del céfiro; florece

435

en cada planta y en los astros brilla;  
inextenso se extiende; indivisible  
se difunde doquier; se comunica,  
se da sin perder nada; en toda vida  
vive y anima la materia inerte;

440

en nuestra alma respira, siente, piensa;



y obrando siempre nunca se fatiga.

Depón, pues, oh mortal, tu error; no llares

imperfección este orden portentoso

que no conoces bien; tu mayor dicha,

445

quizá de lo que más inculpas, pende;

tu misma ceguedad y tu flaqueza

son dones a tu fin proporcionados.

Entra en ti mismo, piensa en tu destino,

somete tu razón, espera firme

450

ser tan feliz aquí, o en otra esfera,

cual conviene a tu ser, pues Dios lo quiere

y en amor paternal sobre ti vela,

desde el alba a la noche de tu vida,

y de su diestra poderosa pendes.

455

Es la naturaleza con sus obras



un arte para ti desconocido:

lo que llamas acaso es el efecto

-224-

de un gran designio, cuyo fin ignoras;

lo que juzgas discordia es armonía

460

cuyo hermoso concierto no percibes;

y el mal particular que acaso observas

es un bien general. En fin, concluye

que a pesar del orgullo, y en despecho

de la razón ilusa, cuanto existe

465

todo está bien aquí, todo es perfecto.

Lima, 1823.

-225-

Epístola segunda106

Conócete a ti mismo, no pretendas

de Dios la esencia penetrar, amigo;



estúdiate a ti mismo, pues el hombre  
es el más propio estudio para el hombre.

Como en un istmo colocado, él tiene

5

índoles varias: ya se nos presenta  
cual un ser mixto o cual compuesto raro  
de calidades entre sí contrarias:

tinieblas, luz, elevación, bajeza,  
todos los vicios, todas las virtudes;

10

para dudar escéptico, es muy sabio,  
y para alzarse a la fiereza estoica,  
muy flaco en su virtud; incierto siempre  
si debe obrar o no; piensa, y osado  
ya se cree un Dios o ya inferior al bruto

15

si al error y al dolor vive sujeto.





Duda cuál de los dos, si el cuerpo o el alma

es su parte más noble. Nace, vive

para morir, y para errar discurre:

si no oye a su razón, todo es oscuro;

20

si le oye demasiado, nada es cierto:

caos triste de pasiones y de ideas,

a sí mismo se engaña, y por sí mismo

se engaña, sin quedar nunca más cauto;

cediendo a sus impulsos naturales,

25

débil cae y glorioso se levanta;

señor y esclavo de las cosas todas,

sólo de la verdad él juzgar puede,

y a error perpetuo condenado vive.

Este es el hombre: enigma inexplicable;

30

la gloria y el baldón del Universo.



Ve, pues, ser portentoso, y en las alas  
del genio al templo de las ciencias sube;  
pesa el aire y la luna; en el espacio  
la órbita traza do los astros giren

35

y los raudos e indóciles cometas;  
mide la tierra, y encadena al rayo.

Regla el flujo del mar; registra el polo  
en frágil tabla y en seguro rumbo;

-227-

aventúrate osado por los aires

40

a nuevos mundos y a conquistas nuevas;

o con Platón remóntate al empíreo,

y el eterno ejemplar allí contempla

de lo bueno, lo bello, y lo perfecto;

o entra en el laberinto que formaron

45



sus secuaces después, y di que el alma  
la verdad contemplando, desprendida  
del ministerio fiel de los sentidos  
y del dulce aguijón de las pasiones,  
sólo así imita a Dios, como los necios

50

sacerdotes de Oriente, que aturdidos  
en el perpetuo giro de su frente  
creen imitar al sol; en fin, enseña  
a Dios el modo de regir el mundo.

Y después entra en ti..., y confundido

55

reconoce tu error y tu miseria.

Cuando los seres superiores vieron  
de un ser mortal el noble pensamiento  
de revelar las leyes de Natura,  
se admiraron de que en terrestre forma

60



tanto saber cupiese y tanta audacia.

Pero todo un Newton para ellos era

lo que el simio sagaz para nosotros.

Mas quien dar leyes a los astros puede,

y refrenar los rápidos cometas,

65

¿puede acaso de su alma un movimiento

reglar o describir? A las estrellas

manda nacer aquí y allí ponerse

y él su mismo principio y fin ignora.

¡Cosa admirable! El hombre perfecciona

70

cuanto hay fuera de sí en ciencias y artes,

mas cuando trata de estudiarse él mismo,

todo es duda y error... ¡Ay!, cuanto trama

el día de la razón, tanto la ciega

noche de las pasiones lo deshace.

75



Dos principios de acción hay en el hombre:

amor propio y razón. El uno evita,

-228-

la otra contiene; aquél siempre nos mueve

a buscar el placer y evitar siempre

la pena y el dolor; ésta modera

80

el ímpetu y ardor de las pasiones.

Ambos son buenos, útiles, nocivos,

según llenan su fin, cual es movernos

a que amemos el bien y el mal huyamos.

Cual potencia motriz, el amor propio

85

nos da el impulso, y la razón exacta

en su balanza fiel compara y regla

la acción y movimiento que de él nace.

Extirpa el amor propio: el hombre al punto

en inerte reposo yacería;



90

quítale la razón, y no habrá entonces

ni modo ni designio en las acciones.

¿Qué fuera el hombre así?, planta que nace,

vegeta, se propaga, en fin, se pudre;

o cual meteoro que sin ley vagando

95

destruye cuanto encuentra, y se disipa.

El principio motor es el más fuerte:

activo y eficaz incita, impele;

el principio rector, quieto, sereno,

dando consejo y luz, llena su oficio,

100

deliberando y conteniendo siempre.

El amor propio nuevas fuerzas cobra

mientras mira más próximo su objeto;

por la presente sensación conoce

el bien que anhela y el placer; en tanto



105

que la razón el bien mira en distancia,  
lo examina y previene sus defectos.

De nuestra propensión los movimientos  
más fuertes nos asaltan, más frecuentes  
que no las voces de razón: mas ésta

110

o dirigirlos sabe, o suspenderlos,  
siempre velando y persuadiendo siempre;  
todo su arte y poder, toda la fuerza  
en no dejarse sorprender consiste;  
y si vence una vez, su afán, su imperio

115

se hace fácil, y aun grato repetido.

-229-

Así por grados la razón se afirma,  
y así queda también el amor propio  
contento y útilmente reprimido.



Que el sutil escolástico más diestro

120

en dividir lo que Natura uniera,  
que en componer y unir, sude, se afane  
por hacer que entre sí pugnen discordes  
ambos principios por esencia amigos;  
neciamente sagaz rompa, divorcie

125

la razón de las gratas sensaciones  
y la virtud de las amables gracias;  
-doctores cuya ciencia toda estriba  
en hacerse cruel guerra sobre nombres  
sin jamás entenderse y muchas veces

130

entendiendo lo mismo; y cuya gloria  
es el no darse nunca por vencidos.-

Dejemos que ellos la verdad ofusquen  
con gritos y perpetuas distinciones,





y quedemos nosotros convencidos

135

que amor propio y razón a un fin conspiran.

Ambos por el placer o el dolor sienten

afecto o aversión irresistible.

Más impaciente aquél, se precipita

sobre su objeto y devorarlo quiere;

140

es la razón más próspera, más sobria,

y sin ajar la flor, la miel extrae.

El bien, el mal, del uso moderado

de los placeres naturales viene.

Las pasiones no son sino amor propio

145

bajo formas diversas: las excita

del bien ya verdadero, ya aparente,

o la presencia o la esperanza; y como

no todo bien comunicarse puede,



y todos conservarnos, mejorarnos

150

o por instinto o por razón debemos,  
pasiones hay, que no dañando a nadie,  
aun en sí concentradas, serán buenas;  
la razón en su bando las admite,

-230-

las cuida, las fomenta; otras pasiones

155

posponiendo su bien al bien ajeno  
y a la salud y gloria de la patria,  
son nobles, generosas y sublimes;  
la razón las aplaude y las admira,  
y de alguna virtud les presta el nombre.

160

En su inerte indolencia que se jacte  
el fiero estoico; su virtud inmóvil  
es cual monte de hielo; a sus entrañas



todo el calor retira y se adormece.

¡Dura y necia virtud! La virtud cierta

165

vive en la acción y en el reposo muere.

Cuando una tempestad nace en el alma,

eso la impele a obrar; su acción repara

el mal parcial, y se preserva el todo.

Sobre el océano de la vida vamos

170

siempre agitados; la razón nos sirve

de norte, y las pasiones son los vientos;

sin ésa, no salvamos los escollos;

sin éstas, en quietud nos consumimos,

y es un lago mortífero la vida.

175

Ni Dios ama el reposo: de improviso

sobre las alas de los vientos vuela,

o de las tempestades en el carro



atronando los cielos se pasea.

La esperanza, el amor, que en torno vuelan

180

del amable placer; la pena, el odio,

familia del dolor; compasión, ira,

rigor, piedad y todas las pasiones

son, cual los elementos naturales,

discordes entre sí, mas, combinados,

185

principios dan de producción y vida;

regladas, concertadas ellas marchan

por do quiere natura y así llenan

el fin de la creación, el bien del hombre.

Usar, gozar, templar, no extirpar debes.

190

¡Qué!, lo que constituye el ser del hombre,

-231-

¿el hombre mismo deberá extirparlo?-



No. Del mismo contraste de pasiones  
nace el concierto, nace la armonía  
de las operaciones de nuestra alma.

195

Son la sombra y la luz, que bien mezcladas  
prestan la consistencia y colorido  
a este cuadro fugaz de nuestra vida.

Nos brinda con placeres por doquiera  
oficiosa Natura, y cuando cesa

200

el goce de un placer, ya otro se goza  
con la imaginación y la esperanza.

El alma, el cuerpo sin cesar se ocupan  
en retener y procurar placeres.

Cada placer con su atractivo propio

205

mueve, mas no igualmente nos seduce,  
pues cada objeto de diverso modo



afecta los sentidos; de allí nace  
la varia sensación; y de esta fuente,  
según tienen los órganos más fuerza

210

o más debilidad, varias pasiones  
más o menos violentas se arrebatan.

La pasión dominante de ellas crece,  
y crece a reinar sola, y semejante  
a la sierpe de Aarón, todas las otras

215

traga y devora y las transforma en ella.

Como el hombre al nacer consigo trae  
un principio de muerte, que le arrastra  
sin sentido quizás hasta la tumba,

y este germen mortífero en su seno

220

crece con él, con él se fortifica;

así infusa, mezclada en la substancia



la enfermedad del alma nace, alienta,  
se torna en la pasión que le domina,  
y todo la obedece: los humores

225

y espíritus vitales, atacando  
la parte flaca, a su poder conspiran;  
todas las propensiones más ardientes

-232-

del corazón, la fuerza del ingenio  
desde que el alma a desplegarse empieza,

230

todo le sirve bien; y los prestigios  
de la imaginación al fin acaban  
de afirmar los derechos de su imperio.

Natura le da el ser, y la costumbre  
es la asidua nodriz que la mantiene;

235

el genio y los talentos más excitan



su altiva condición y predominio;  
aun la razón halaga esta enemiga,  
consiente en su poder y lo fomenta;  
tal el sol con sus rayos más benignos

240

vuelve más acre el jugo fermentado.

¿Qué puede la razón?... La débil reina  
el cetro cede a quien mejor le agrada,  
y nosotros sus míseros vasallos  
creemos obedecerla al tiempo mismo

245

que a un vil privado suyo obedecemos.

Si ella luchar nos manda y en vez de armas  
nos da para vencer sólo lecciones,  
¿hace más que mostrar hasta qué grado  
somos los hombres débiles y necios?

250

Si reprende severa, nos enseña





a quejarnos no más, no a corregirnos;

si amiga exhorta, ¿presta otro consuelo

que decir que no alcanza a consolarnos?

Y si de juez en defensor se vuelve,

255

la elección que intentamos nos aplaude,

o la que ya hemos hecho justifica;

y fiera con sus fáciles conquistas,

las pasiones más débiles enfrena

para que la más fuerte triunfe sola.

260

Así presume un médico que expele

los humores que en una parte dañan,

cuando sin conocerlo, reunidos

van a otra parte a producir la gota.

-233-

¿Será fuerza extraviarse? No, que abiertas

265



están doquier las sendas de natura.

Marcha por ellas; siempre te acompañe

de escolta la razón, si no de guía.

Ella sabe reglar nuestras pasiones,

no destruirlas, y a la dominante

270

trata sagaz como si fuese amiga;

un poder superior infunde en todos

esa fuerza eficaz que nos impele

a los diversos fines que él previene;

ella arribar nos hace al puerto, mientras

275

por las demás pasiones combatidos,

cual por vientos variables, fluctuamos

sobre este mar inquieto de la vida.

La pasión dominante el caro objeto

no abandona jamás: si nos excita

280



el poder, el saber, la gloria, el oro,  
si el amor del reposo, que es más fuerte  
acaso que los otros; en pos de ellos  
corremos sin cesar y aventuramos  
por ellos honra y vida... En sus afanes

285

el mercader, en su indolencia el sabio,  
el monje en su humildad, y en su fiereza  
un gran conquistador todos encuentran  
la razón complaciente de su parte.

Mas el Autor eterno, que el bien hace

290

nacer del mismo mal, de las más nobles  
y laudables acciones el principio  
de esa pasión indómita deriva.

Así del hombre fija la inconstancia,

y la virtud al natural mezclada

295



se hace más firme, y ambos se mejoran;  
y así alma y cuerpo de concierto operan.

Cual los ramos estériles e ingratos  
en tronco ajeno injertos fructifican,  
así de las pasiones brotan, crecen

300

grandes virtudes, cuya raíz se nutre  
del fuerte jugo del salvaje tronco.

-234-

¡Oh, cuántas veces del temor, del odio,  
o de la obstinación y la tristeza,  
nacieron hechos dignos de escribirse

305

en los curiosos fastos de las ciencias  
y en los de la moral y de la gloria!

Aun la ira y la venganza suplir saben  
el celo y el valor; de la avaricia  
nace la precaución; de la pereza



310

la modestia quizá y la templanza;  
el impulso sensual dentro su esfera  
es amor noble y tierno que enamora  
el corazón del sexo delicado;  
aun la envidia, tormento de almas viles,

315

de noble emulación sirvió al que sigue  
de Minerva o de Marte las banderas;  
y casi no hay virtud en ambos sexos  
que de orgullo o vergüenza no proceda.

Así nos da natura las virtudes

320

que más cercanas son y más conformes  
al vicio predilecto: él las produce.

¡Cuánto este origen nuestro orgullo humilla!

Mas la razón al bien siempre endereza

la mala propensión; y si sus voces



325

escuchara Nerón, reinara el monstruo

como un Tito, delicias de la tierra.

La impavidez y la fiereza de alma

que en Catilina se detesta, admira

en los dos Decios, nos encanta en Curcio.

330

Y la misma ambición salvó un Estado

o lo vendió vilmente, y dio mil veces

libertad o cadenas a su patria.

¿Quién de este caos de vicios y virtudes

podrá apartar la luz y las tinieblas?

335

¿Quién sino Aquel que en el antiguo caos

ensayó su poder, está en nosotros?

En la naturaleza de las cosas

los extremos se tocan y producen

fines iguales, y en el hombre se unen



340

-235-

para usos que no alcanza, y se confunden  
unos en otros, como en las pinturas  
de un eximio pincel, claros y sombras  
se juntan en unión imperceptible.

¿Quién podrá, pues, trazar la sutil línea

345

do acaba la virtud y empieza el vicio?  
Y ¿quién tan necio, que por esto infiera  
que no hay ni vicio ni virtud?- Si el blanco  
con el negro color se une y se mezcla  
diversamente, y si de allí resaltan

350

colores infinitos, engañando  
con su exterior, ¿dirás del mismo modo  
que no hay blanco, ni negro?... Ve y consulta  
tu propio corazón: él siempre ha sido



de la moral oráculo seguro,

355

y su lenguaje es claro al que consulta  
con ánimo sincero... ¡Ay!, mayor tiempo,  
más fatiga nos cuesta el engañarnos.

Es en sí el vicio un monstruo tan horrible  
que, para detestarlo, basta verse.

360

Mas por grados su horror sabe ir perdiendo:  
ya se hace familiar, lo consentimos  
por gracia, por piedad, y al fin nos manda.

Mas nunca convenimos sobre el punto  
donde el extremo de algún vicio yace.

365

Nunca jamás lo hallamos en nosotros:  
siempre está más allá o en el vecino.

Así si aquí pregunto dó el sur mora,  
responderán que en Lima; allá, que en Chile,





y en el Chile dirán, que en Patagonia;

370

¿y allí?, quién sabe dónde... Aun los que viven

bajo una misma zona se acostumbran

al rigor de su cielo, y se imaginan

que otro cielo será más riguroso...

La que un buen natural huye y detesta

375

como inhumana y torpe acción, la misma

por un genio más áspero y agreste

es tenida por justa y generosa.

-236-

Todo hombre es bueno o malo; aquí no hay medio,

mas en un grado extremo, nadie o pocos.

380

El loco y el malvado sus accesos

lúcidos de razón y virtud tienen;

y también por accesos hace el sabio



lo mismo que reprueba en su doctrina.

El bien o el mal hacemos sólo en parte:

385

y el amor propio toda acción dirige  
de vicio o de virtud. Cada uno tiene  
un fin, su propio bien; y tantos fines  
diversos el Eterno subordina,  
a su único gran fin, el bien del todo.

390

Él hace que a este fin supremo sirvan  
la necesidad humana y las pasiones;  
las torres del orgullo Él desbarata,  
y los planes del vicio desconcierta.

Una feliz flaqueza en cada clase

395

con arte distribuye: a las doncellas  
da pudor, y altivez a las matronas,  
temor al estadista, a los guerreros



temeridad, al juez encogimiento,  
fiereza al rey, credulidad al pueblo;

400

aun de la vanidad que no conoce  
otro fin, otro bien que su alabanza,  
hace nacer virtudes muy laudables;  
y en fin, nuestros defectos, nuestras mismas  
necesidades labran la ventura,

405

la paz y gloria del linaje humano.  
No puede ser feliz el hombre solo,  
ni solo vivir puede. El cielo quiso  
que en todo dependiesen unos de otros:

de aquí las varias relaciones nacen

410

sin las que nadie subsistir pudiera.

Padres, amos, domésticos, amigos,  
cada uno es débil, mas si se unen, todos



son fuertes y felices. Este lazo

la sociedad conserva; en ella siempre

415

-237-

cada cual su interés propio buscando

del interés común estrecha el nudo.

Nuestra debilidad, nuestras pasiones

la mutua dependencia hacen tan grata

como ella es necesaria; ella produce

420

el amor tierno, la amistad sincera

y este encanto secreto que nos hace

la vida siempre amable; y nos enseña

a resignar, si ya la edad declina,

los gustos, los amores y afecciones

425

tan dulces otro tiempo. Así aprendemos

ya por razón o ya por decadencia



de nuestro ser, a no temer la muerte,  
a saludarla cuando ya se acerca  
y a pagar ledos el fatal tributo.

430

Por este medio prodigioso el hombre  
no sólo llena el plan, sino lo llena  
por elección y con placer. Por esto  
en cualquiera pasión que le atormente  
de saber, de placer, gloria o riqueza,

435

nadie su condición cambia con otro.  
Se cree feliz el sabio con su ciencia,  
y el ignorante, porque no sospecha  
que haya más que saber de lo que él sabe;  
es el rico feliz con su tesoro,

440

y el pobre, contemplándose el objeto  
sobre quien vela más la Providencia;



alegre canta el ciego; el mudo danza;  
el fatuo un rey, un héroe se imagina;  
muere el químico de hambre y es dichoso

445

sobre manera en sus delirios de oro;  
y nadie es tan feliz como el poeta  
de estériles laureles coronado.

Es un don celestial este contento  
que en toda situación siente todo hombre.

450

Un amigo común es este orgullo  
que nunca falta a nadie. Las pasiones  
propias de cada edad nos estimulan

-238-

en las épocas varias de la vida;  
y la esperanza, en fin, que nos alienta

455

vive en nosotros, con nosotros muere.



Hasta este punto cierto, inevitable,  
la opinión, dulce error de los humanos,  
con sus cambiantes rayos embellece  
las nubes de la vida... Es compensada

460

la falta de razón con el orgullo,  
y la falta de un bien, con la esperanza...

¡Orgullo y esperanza! Si en la copa  
de la locura el gozo bulle y ríe,  
y cual su espuma se disipa luego;

465

si la razón alguna ilusión grata  
con su luz disipare, otra renace,  
y otras después cual olas se suceden.

En los bienes y males, caro amigo,  
la bondad de natura reconoce.

470

Miseria, error, pasión, nada es inútil,



la misma vanidad no es un don vano;  
y ¡oh!, ¡cuántas veces aun el amor propio  
que poco generoso, de tus solas  
necesidades afanoso cuida,

475

por una fuerza superior te lleva  
a contemplar y consolar las de otro!  
Conoce, en fin, tu ser y tu destino,  
y abraza esa virtud consoladora,  
que aunque es el hombre miserable y necio,

480

el Ser que lo conserva es bueno y sabio.

Guayaquil, 1940.

-239-

Epístola tercera<sup>107</sup>

Dios por diversas y constantes leyes

llena el fin que creando se propuso.

Fíjate, amigo, en este pensamiento,





ya en la embriaguez que nos infunden siempre

la robusta salud, el vano orgullo,

5

y la insolencia del poder y el oro,

ya si lecciones damos a los hombres,

o si votos al cielo dirigimos<sup>108</sup>.

Contempla el mundo, observa la cadena

de amor que une entre sí todos los seres.

10

Siempre fecunda fórmalos natura;

y apenas sueltos de sus manos, corren,

se buscan, se aman, se unen... La materia

bajo diversas formas animada

tiende a un centro común, obedeciendo

15

esta ley general, el bien del todo.

-240-

No hay un ser, no hay un átomo siquiera



que exista solo. De las plantas vive  
el animal, y del despojo de éste,  
vense nacer y vegetar las plantas.

20

Nada dura, también nada perece.  
Las formas pasan y suceden nuevas,  
nacen para morir los seres todos;  
mas para renacer, mueren, cual pompas  
infladas de aire, que del mar inquieto

25

se alzan, se rompen y a la mar retornan.  
Un alma eterna que doquier existe,  
que lo dispone y lo conserva todo,  
enlaza todo ser; el fuerte al débil,  
el mayor al menor. El bruto al hombre,

30

el hombre sirve al bruto... La cadena  
jamás se quiebra, ¿pero dónde acaba?



¿Piensas que cuando Dios formaba su obra

tú solo estabas en su excelsa idea,

y que salió de su reposo eterno

35

sólo por darte ser, placer, sustento?

¿Sólo por ti? ¡Insensato! Quien prepara

para tu mesa el recental gracioso,

antes pasto le da fácil y grato,

y para él los collados reverdecen.

40

¿Será por ti que el ruiseñor doliente

llena el bosque de trinos melodiosos?

No. Es amor quien enciende sus pupilas,

placer quien hace trémulas sus alas;

él sus amores y placeres canta.

45

El fogoso bridón que en pompas riges,

parte la gloria y el placer contigo;



-241-

los pájaros del cielo las primicias  
recogen de los frutos que tú siembras;  
de las doradas mieses de tu campo

50

cobra el buey su salario merecido;  
y aun el cerdo que ni ara, ni obedece  
jamás tu voz, de ti servido vive,  
de ti que rey te jactas de la tierra.

Cual tierna madre a todo ser natura

55

dispensa su bondad. La piel que abriga  
los reyes, antes abrigó a los osos.

Y cuando tú, hombre, exclames: «¡todo es mío!»,

«Mío es el hombre», te repone el ánsar

viendo el afán que pones en servirle

60

y en regalarle siempre; él en su esfera



no raciocina mal, porque no alcanza

que si le sirves, es por devorarlo.

Mas así como el ánsar, yerra el hombre  
con toda su razón, si cree que el mundo

65

es formado para él, no él para el mundo.

Mas esta ley del fuerte sobre el débil,  
y este don de pensar ¿no dan al hombre  
su derecho al imperio? Bien, permito  
que él rija el mundo y su tirano sea.

70

Mas Natura somete ese tirano

a los seres que él dice que domina:

él los cuida y defiende. ¿Quién vio nunca  
el lobo perdonar a los corderos,  
movido de piedad por su inocencia?,

75

¿o el halcón que se lanza de las nubes,



perdonar la paloma, por los bellos  
matices de su cuello?, ¿o el milano  
dejar en paz al ruiseñor, que suele  
turbar con su querella melodiosa

80

por las noches el bosque silencioso?  
Sólo el hombre de todos cuida, sea  
por placer o interés, y las más veces  
por fasto y vanidad; él da sus bosques  
a las aves, sus prados a las bestias,

85

-242-

sus estanques al pez, y aun vemos que alza  
a las fieras palacios y jardines;  
todos viven por él, y su regalo  
es efecto del lujo de su dueño,  
el cual del hambre y de otras garras libra

90



todos esos cautivos tan cuidados,  
que a su gula exquisita se reservan.  
Ellos contentos hasta el plazo viven;  
y como heridos de imprevisto rayo,  
sin prever, sin sentir la muerte, mueren;

95

mas vivieron al fin. También los hombres  
servidos y sirviendo, hasta su plazo  
gozan como ellos, y como ellos mueren.

Sólo al irracional el cielo niega  
la previsión inútil de su muerte.

100

Al hombre se la dio, pero de modo  
que poniéndole siempre en perspectiva  
un porvenir feliz, le da un objeto  
de esperanza en el término temido.

La hora es oculta; sin cesar se avanza,

105



mas nunca recelamos que está cerca.

¡Oh portento continuo! Bondadoso

esta grata ilusión concede el cielo

sólo a los seres que prevén y piensan.

Pero todos, estén o no dotados

110

de instinto o de razón, todos reciben

las dotes propias de su ser, y pueden

buscar y hallar el bien que les conviene.

Los que en su instinto tienen una regla

que nunca los engaña ¿necesitan

115

para vivir de cánones o bulas?

¿Cuál preferir? Altiya de sus dotes

no sirve la razón sino por fuerza,

sólo llamada viene, y aun llamada

viene si quiere, mientras el instinto

120





cual oficioso amigo, siempre asiste,  
no abandona jamás, presto y derecho  
va a la felicidad sin engañarle.

-243-

La razón inconstante, perezosa,  
libre para extraviarse, se extravía,

125

pasa el blanco, o no llega, y no se afana.

Si el bien se ve de lejos, el instinto  
vuela a su objeto; la razón se arrastra:

en aquél uno solo es el principio  
que impele a obrar y que compara; en ésta

130

los principios son dos, que separados,  
y acordes rara vez, fuente perpetua  
son de engaño y error entre los hombres.

Alza, pues, la razón sobre el instinto  
cuanto quieras; mas piensa que dirige



135

Dios al instinto, a la razón el hombre.

A las tribus que el mar y el campo pueblan,

¿quién buscar les enseña su alimento,

huyendo del nocivo y ponzoñoso?,

¿quién les hace prever la alta marea?,

140

¿quién la borrasca, y para defenderse

edificios formar sobre las aguas,

o bóvedas alzar bajo la arena?

¿Quién enseña a la araña artificiosa

a tirar y cruzar, aun más seguro

145

que el geómetra mejor, sus paralelas

sin regla ni compás?, ¿y a las cigüeñas,

imitando a Colón, buscar osadas

mundos ignotos en extraños cielos?,

¿quién las reúne?, ¿quién señala el día



150

de la partida, el término del viaje?,

¿quién dirige en los aires la colonia?

Dios puso en cada ser el germen propio

de la felicidad que le conviene;

mas como Él hizo un todo, que debía

155

ser felice también, su fin llenando,

dispuso en su saber que de las mutuas

necesidades de los seres todos,

la universal felicidad naciera.

-244-

Este orden simple, eterno, el universo

160

conserva, en gratos nudos enlazando

cada ser a otro ser, el hombre al hombre.

Cuanto bajo del sol vivificante

en el aire y la tierra y mar se mueve,



goza de una común naturaleza,

165

y un calor mutuo, un alma siempre activa

por todos difundándose igualmente

los anima y conserva y perpetúa,

sus gérmenes geniales fecundando.

Así el hombre, y así los otros seres

170

que los bosques, la mar y el aire pueblan,

todos se aman y se aman en los otros;

pues cada sexo un mutuo ardor sintiendo,

se buscan, se requiebran, no se aquietan,

hasta que con dulcísimo transporte

175

ambos seres en uno se confunden.

No aquí cesa el placer, no el amor cesa;

que al verse ya reproducidos, se aman

tercera vez en su naciente prole;



ambos la cuidan: la amorosa madre

180

la nutre, el fuerte padre la defiende;

la ensayan a volar, y cuando diestra

tendiendo el vuelo desampara el nido,

cesa el instinto y el amor paterno.

Entonces ya los padres la abandonan,

185

y libres buscan en distinta selva

nuevo amor, nueva raza en nuevo nido.

Más débil, más inhábil en su infancia

mayor cuidado necesita el hombre;

y este mayor cuidado, entre hijos, padres

190

los lazos forma, que después confirma

el tiempo y la razón; el amor mutuo

con el grato interés de amarse, crece.

Elegimos, amamos, se transforman



nuestras mismas pasiones en virtudes.

195

Comunes males, mutuos beneficios,  
benevolencia y gratitud engendran;  
a una generación otra sucede;

-245-

y el amor natural, o el de costumbre  
las conservan y enlazan; así el niño

200

cuando llega a ser hombre, mira al padre  
exhausto con la edad, y la memoria  
de su niñez, la previsión funesta  
de la vejez, a socorrer le excitan  
al desvalido autor de su existencia.

205

Así la gratitud y la esperanza  
el interés recíproco sostienen  
y sin cesar la especie regeneran.



No pienses que el mortal ciego y sin freno  
en el estado natural vivía;

210

él observó la ley que Dios, por medio  
de la razón y el corazón, dictaba.

El amor propio y el social nacieron  
con la creación, y enlaza desde entonces  
la dulce ley de unión todos los seres.

215

El orgullo, las artes que lo excitan,  
eran desconocidos, hombres, brutos  
erraban sin dañarse ni temerse,  
y en común disfrutaban mesa y lecho,  
que natura doquier les preparaba.

220

No sangre ajena derramaba el hombre  
para buscar abrigo y alimento;  
un bosque, donde en himnos no aprendidos



a su Padre común alaban todos,  
era su templo, y el altar no estaba

225

ni ornado en oro, ni teñido en sangre,  
ni de ministros ávidos servido.

El sabio Autor su mundo conservaba:  
regido en equidad fue dado al hombre  
y usar de todo y abusar de nada.

230

¡Cuánto de esta inocencia primitiva  
el hombre decayó! Pierde por grados  
el horror a la sangre, e insensible  
al clamor general, mata, devora  
la mitad de los seres animados,

235

-246-

y cruel la especie de ellos destruyendo,  
la suya propia pérfido corrompe;





la sangre extraña envenenó la suya,  
y quedaron las víctimas vengadas.

Fiebres, dolores, males ignorados,

240

de intemperancia tan feroz nacieron;

y nacieron pasiones infernales,

que dieron a los hombres en el hombre

un enemigo tan atroz como ellas.

En otra edad, necesidades nueva

245

s produjeron las artes; el instinto

dirigió la razón. Naturaleza

dijo entonces al hombre: «Rey del mundo,

ve y aprende a vivir de aquellos seres

que oprimes y desprecias: que las aves

250

te señalen los frutos y los granos

que te nutran, y aprende de los brutos



la virtud saludable de las plantas;

a fabricar te enseñará la abeja;

a hilar, la araña, y a labrar el topo;

255

a tejer, el insecto artificioso

que en hilos de oro su vellón enreda;

y a dominar las olas, el nautilo

dando remos al mar y vela al viento<sup>109</sup>.

En el orden moral, también del bruto

260

razón y modo de vivir aprende

y de la sociedad todas las formas:

aquí verás palacios soterráneos;

allí ciudades aéreas, populosas,

suspendidas en árboles. Observa

265

de cada pueblo el genio y el gobierno:

en república viven las hormigas;



en monarquía labran las abejas;  
aquéllas en común vastos graneros  
forman, llenan, consumen y te ofrecen

270

el ejemplo, tan raro entre nosotros,  
de independencia y libertad, con orden.

-247-

En un diverso estado las abejas  
se afanan sin cesar; admira cómo  
cada cual en su nicho separada

275

sin pechos, ni inquietud, bajo un rey vive,  
y de su propiedad goza segura.

Observa, en fin, que ese orden y esas leyes  
son simples, sabias, invariables siempre  
cual la naturaleza y el destino.

280

Mas tu razón con todo su discurso



no hará más que prender con mayor arte

en la red de las leyes la justicia;

lazo que rompe el criminal potente,

y al inocente desvalido oprime;

285

o contra la equidad prevaleciendo

el rigor del derecho, transformado

será el sumo derecho en suma injuria.

Empero, a tu poder, hombre, somete

todos los seres, todos te obedezcan,

290

y las artes sagaz perfeccionando

que el instinto creó, que te levanten

como a rey trono, como a dios altares».

Habló Natura, y obedece el hombre:

dejó los bosques, fabricó ciudades,

295

se ayuntó en sociedad, se formó un pueblo;



cerca de él otro nace, y después ambos

o por amor o por temor se unieron.

Aquí en más dulce clima, ricos frutos,

allí en valles regados de aguas puras,

300

más abundosos pastos y rebaños.

Lo que faltaba a cada cual, y pudo

arrebatar con armas, permutando

se le brindó el comercio, y tornó amigo

el que tal vez como enemigo vino.

305

Trato y amor estrechamente unieron

los hombres entre sí, cuando no había

más leyes ¡oh Natura!, que las tuyas,

ni más imperio ¡dulce amor!, que el tuyo.

-248-

Así varios estados se formaron,

310



y era el nombre de rey desconocido;  
hasta que el bien común, cual ley suprema,  
puso el poder en manos de uno solo.

Obtuvo la virtud el primer cetro,  
y esta misma virtud, que difundiendo

315

los bienes de la paz y de la guerra,  
el respeto y amor filial excita,  
hizo del rey un padre de su pueblo.

Y coronado por Natura entonces  
cada patriarca en su naciente estado

320

fue a un tiempo rey y sacerdote y padre,  
y acatado cual otra Providencia,  
fue oráculo su voz, ley su mirada;

él evocó del surco, sorprendido,

la nutritiva mies; enseñó el arte

325



de usar de todo, y en el mar y el bosque

prender el pez, domesticar las fieras

abatir a sus pies la águila altiva,

frenar las ondas, dominar el fuego;

feliz, hizo felices, hasta el punto

330

en que ya débil y a vejez rendido,

quien, viviendo, cual dios fue venerado,

como triste mortal, llorado muere.

De padre a padre remontando entonces,

el hombre un primer ser halla y le adora;

335

o bien por tradición constante, antigua,

cree que el mundo debió tener principio;

al Criador de la creación distingue,

y admite un solo Dios. Y antes que hubiese

ofuscado el error esta luz pura,

340



vio el hombre el mundo, y cual su Autor supremo,  
vio que todo era bueno, y por las sendas  
fue del placer a la virtud seguro.

Adoró un padre en Dios; sólo amor era  
su fe, su religión, ni otro derecho

345

divino conoció que el de Natura;  
nada temió de Dios, que un Ser supremo  
sólo bondad suprema ser podía;

-249-

religión y política marchaban  
de concierto, y un solo fin tuvieron:

350

aquella amar a Dios y ésta a los hombres.  
¿Quién fue el primero que enseñó a los pueblos  
débiles o vencidos, que han nacido  
para uno todos? Bárbara, execrable  
excepción a las leyes de Natura,





355

que envileciendo la creación, en todo  
trastorna el mundo y contrarresta el cielo.

El fuerte dio la ley, y la conquista  
era el derecho. Mas de horror llenando  
superstición el alma del tirano,

360

partió luego con él la tiranía;  
medra a la sombra del poder y nombra  
dios al conquistador, al pueblo esclavo;  
ella, atenta a su plan, cuando sentía  
tronar la nube, fulgurar el rayo,

365

bramar los montes y temblar la tierra,  
anunció con misterio y amenaza  
deidades invisibles, poderosas  
que implorase el soberbio y ante quienes  
se postrasen los débiles temblando;



370

a su mágica voz lanzaron luego  
el cielo dioses y el abismo furias;  
aquí fijó el Elísio, allí el Averno;  
forjó el temor entonces sus demonios  
y la esperanza tímida sus dioses,

375

dioses crueles, mudables, vengativos,  
torpemente sensuales, cual formados  
por tiranos, que en ellos no buscaban  
sino ejemplos y cómplices del crimen.

En vez de caridad, el falso celo

380

armado impera, y el rencor sagrado  
forjó un infierno y el orgullo un cielo;  
la bóveda celeste ya no atrajo  
las plegarias como antes; no se oraba  
sino en templos magníficos; de mármol



385

ya fue el altar, y se regaba en sangre.

-250-

Empezó el sacerdote a saborearse  
con carne de las víctimas, y presto  
de sangre humana el ídolo salpica;  
y en silencio y terror puso a la tierra

390

con el rayo de Dios; y aun de Dios hizo  
un instrumento cruel de sus venganzas  
o un ministro oficioso y complaciente  
de todos sus caprichos y pasiones.

Por estas artes concentrando el hombre

395

todo su amor en sí, se procuraba  
riquezas y poder, gloria y placeres;  
mas este amor, que atropellaba ciego  
leyes, derechos, equidad, decoro,



por dar satisfacción a sus deseos,

400

siendo a todos común, al fin produjo

el freno que pudiera reprimirle:

gobierno y leyes. Pues si alguno quiso

un bien que los demás también querían,

la voluntad del uno contra todos

405

¿pudo prevalecer? ¿Cómo seguros

gozar y conservar lo que nos puede

en medio el sueño y en el claro día

o sustraer la astucia del más débil,

o arrebatarse la audacia del más fuerte?

410

Preciso fue ceder alguna parte

de libertad y natural derecho,

para vivir tranquilos, y que todos

unidos de concierto defendiesen



su propiedad, la de otros defendiendo.

415

Aun los reyes se vieron obligados  
a ser por su interés justos y buenos.

Fue así que corrigiendo el amor propio  
su impulso natural, depender hizo  
el bien individual del bien de todos.

420

Entonces felizmente se levanta  
un genio superior y generoso,  
de Dios ministro, amigo de los hombres,  
leal patriota o inspirado vate,

-251-

que la moral sublime de natura

425

y su fe primitiva restablece;  
de la luz natural el brillo antiguo  
reanima, mas no enciende una luz nueva;



de la divinidad sobre la tierra

si no la imagen, nos mostró la sombra<sup>110</sup>;

430

a los pueblos y reyes juntamente

enseñó sus deberes y derechos

y a no llevar ni tensas ni muy laxas

las delicadas riendas del gobierno;

él proclamó el principio, que no puede

435

existir sociedad feliz y libre

donde no estén los miembros ordenados

de modo que, oprimido uno, se sienta

por todos la opresión. De allí provino

el concierto armonioso de un Estado,

440

donde, por la mixtión de los poderes

y el mismo choque de intereses mutuos,

es libre el pueblo y el gobierno firme.



Tal es también del mundo la armonía

que nace de la unión y del concierto

445

general de las cosas: donde todos,

grandes, pequeños, débiles y fuertes,

se unen para ayudarse y defenderse,

y no para ofenderse ni dañarse;

donde es más poderoso quien más sirve,

450

y más feliz quien hace más felices;

y donde a un fin, a un centro tienden todos,

ángeles, hombres, brutos, siervos, reyes.

Que sobre formas de gobierno alterquen

los necios cuanto quieran. El gobierno

455

mejor, es el mejor administrado.

Sobre modos de fe, que el falso celo

dispute, y se enfurezca disputando<sup>111</sup>.



Quien no hace mal, quien hace bien al hombre

la religión profesa verdadera<sup>12</sup>.

460

Sobre esperanza y fe todos discuerdan,

mas sobre caridad nadie contiene,

-252-

que ella es el lazo, el fin, alma y corona

de la creación, el bien del universo.

Contrariar este fin, romper este orden,

465

ese es error y orgullo; y cuanto influya

a mejorar y hacer feliz al hombre,

eso solo es verdad, y de Dios viene.

Vivir no puede el hombre sin apoyo,

cual generosa vida, que mayor fuerza

470

del amor con que abraza a otro recibe.

Sobre sus ejes los planetas ruedan,





a un mismo tiempo en torno al sol girando;

así el hombre también a dos impulsos

diversos, no discordes, obedece;

475

por el uno, en sí mismo se concentra,

y por el otro sirve al universo.

Así concatenó todas las partes

de su obra Dios, y quiso que uno mismo

fuese el amor social y el amor propio.

480

Guayaquil, 1840.

A su esposa

Señora doña Rosa Icaza

Ya se acerca, amor mío,

¡ay!, palomita mía,

ya se acerca ¡ay!, el día

que nos va a dividir.

Sólo tristes memorias



5

y recuerdos fatales...

de amor todos los males

me quedan que sufrir.

Como tórtola viuda

que triste a cada hora

10

gime, suspira y llora

por su perdido amor,

así yo inconsolable,

ausente de mi amada,

tendré siempre clavada

15

la espada del dolor.

Mi corazón de pena

dentro del pecho muere...

mas la Patria lo quiere,

y es fuerza obedecer...



20

Pide a Dios, vida mía,  
con ruegos incesantes  
que me traiga cuanto antes  
al nido del placer.

-256-

Con mil dulces razones

25

el amor me detiene...  
y el deber me previene  
lo que es forzoso hacer.  
¿Qué haré, pues, amor mío,  
siendo en este momento

30

igualmente violento  
mi amor y mi deber?  
Pues bien, cumplir con ambos,  
es duro y buen consejo,



y aunque de ti me alejo,

35

contigo quedaré;

así con ambos cumplo,

dando en serena calma,

al amor toda mi alma,

y el cuerpo a mi deber.

40

Yo parto, ¡oh, qué tormento!,

¡oh, qué terrible ausencia!,

dame, oh Dios, resistencia

para tan gran dolor.

Yo parto, y conjurados

45

veré a cada momento

contra mí al mar, al viento,

la ausencia y el amor.

Y tú, hechizo de mi alma,



mi único amor, mi vida,

50

después de mi partida,

¿te acordarás de mí?

Yo, de noche y de día

siempre estaré pensando,

Rosita, en ti pensando,

55

pensado sólo en ti.

Cual sombra inseparable

mi amante pensamiento

siempre, a todo momento,

estará junto a ti.

60

Así, pues, siempre, siempre,

aunque me creas distante,

podrás decir: mi amante

delante está de mí.



-257-

Recogeré el aliento

65

que tu boca respira...

Mi cuerpo se retira,

pero mi alma jamás.

Sabré tus pensamientos,

y oiré tus palabras;

70

cuando tus labios abras,

los míos encontrarás.

No temas, amor mío,

mi palomita amada,

que haya en el mundo nada

75

que me haga vacilar,

pues vivir en tu pecho,

que es mi único deseo,



vale más que un empleo,

vale más que reinar.

80

Yo veré mil bellezas,

mas con ojo tan frío,

que nunca al pecho mío

llegará su impresión;

porque tus ojos solos

85

con un arte divino

conocen el camino

que va a mi corazón.

No tendré allá, aunque quiera,

ningún afecto nuevo,

90

pues conmigo no llevo

ni alma, ni corazón:

que el corazón y el alma



que antes tenía conmigo,

se quedan ya contigo,

95

como en dulce prisión.

Sin ti ¿qué haré, mi vida?

Siempre ¡ay!, como demente,

cual si fueras presente,

clamaré con fervor:

100

-258-

«Ven, palomita mía,

ven al caliente nido,

que aquí en mi pecho herido

te ha formado el amor.

Ven, mi única esperanza,

105

mi único pensamiento,

ven, mi único contento,





ven, mi única pasión.»

Y al ver que no me oyes

ni que estás a mi lado,

110

seré más desgraciado

por mi dulce ilusión.

Otras veces teniendo

tu retrato delante,

cual frenético amante,

115

mil cariños le haré;

creeré que con mi fuego

tus labios animados

me vuelven duplicados

los besos que te dé.

120

Otras veces más necio,

como el que algo ha perdido,



a todos distraído,

por ti preguntaré:

«¿Dónde está mi paloma,

125

causa de mis placeres?

Si no la conocieres,

las señas te daré.

Es... lo que yo no puedo,

ni nadie explicar puede...

130

la que a todos excede,

es la rosa de abril;

es la rosa que espera

en su botón gracioso

un calor amoroso

135

para empezarse a abrir.»



Mas, ¿cuál es mi delirio?

¡Ay de mí!, en mi tardanza

ni el bien de la esperanza

me podrá consolar...

140

Cree, mi alma, que es un pecho

muy tierno y amoroso

donde el amor hermoso

te ha erigido un altar.

Piensa que por ti vivo,

145

piensa que sin ti muero,

que eres mi amor primero

y mi último serás.

Adiós... ¡ay!, no te olvides

que eres objeto eterno

150

de este amor dulce y tierno,



de este amor inmortal.

Piensa que de ti ausente

no es vida la que vivo,

y que siempre recibo

155

aumento en mi dolor.

Piensa que esta gran pena,

piensa que este tormento

aun me quita el aliento

para decirte... adiós.

160

Agosto de 1825.

-[260]- -261-

Al general Flores

vencedor de Miñarica

Cual águila inexperta, que impelida

del regio instinto de su estirpe clara,

emprende el precoz vuelo



en atrevido ensayo,

y elevándose ufana, envanecida,

5

sobre las nubes que atormenta el rayo,

no en el peligro de su ardor repara,

y a su ambicioso anhelo

estrecha viene la mitad del cielo;

mas de improviso, deslumbrada, ciega,

10

sin saber dónde va, pierde el aliento

y a la merced del viento

ya su destino y su salud entrega,

o por su solo peso descendiendo

se encuentra por acaso

15

en medio de su selva conocida,

y allí la luz huyendo, se guarece,

y de fatiga y de pavor vencida,



renunciando al imperio, desfallece:

así mi Musa un día

20

sintió la tierra huir bajo su planta,

y osó escalar los cielos, no teniendo

más genio que amor patrio y osadía:

en la región etérea se declara

grande sacerdotisa de los Incas;

25

-262-

abre el templo del Sol, flores y ofrendas

esparce sobre el ara,

ciñe la estola espléndida y la tiara;

inquieta, atormentada

de un dios que dentro el pecho no le cabe,

30

profiere en alta voz lo que no sabe,

por ciega inspiración; tiemblan los reyes



escuchando el oráculo tremendo;

revelaciones, leyes

dicta al pueblo, describe las batallas,

35

de la patria predice la victoria

y la aplaude en seráficos cantares;

de los Incas deifica la memoria,

y a sus manes sagrados

si tumba les faltó, levanta altares<sup>113</sup>;

40

mas cuando ya su triunfo absorta canta,

atrás la vista torna,

mide el abismo que salvó, y se espanta,

tiembla, deja caer el refulgente

sacro diadema que sus sienas orna,

45

y flaco el pecho, el ánimo doliente,

cual si volviera de un delirio, siente,



y de la santa agitación rendida,  
queda en lento deliquio adormecida...

En vano el bronce fraticida truena

50

y de las armas rompe el estallido,  
y al recrujir el carro de la guerra,  
se siente en torno retemblar la tierra<sup>114</sup>;

y el atroz silbo de rabiosas sierpes  
que la Discordia enreda a su melena

55

en sed mortal los pechos enfurece,  
y de la antigua silla de los Incas  
hasta do bate el mar los altos muros  
de la noble heredera de Cartago,  
todo es horror y confusión y estrago<sup>115</sup>;

60

en vano ¡oh Dios!, del medio  
de las olas civiles, con sorpresa,





-263-

joven, graciosa, de esperanzas llena

una nueva República aparece;

cual la diosa de amor y de belleza

65

coronada de rosas y azahares,

con que el ambiente plácido perfuma,

surgió sobre la hirviente y alba espuma

del mar nacida a serenar los mares<sup>116</sup>;

y en vano sobre el margen populoso

70

del rico Tames y bullente Rima,

en verso numeroso

canoras voces se alzan despertando

la Musa de Junín...<sup>117</sup> que el sacro fuego

de inspiración cesó, lánguido expira,

75

y el canto silencioso



duerme sobre las cuerdas de su lira.

Mas nunca el genio muere, y con su aliento

la tierra, el firmamento,

el mármol y cadáveres anima.

80

¡Ya está dentro de mí!- Veloces vientos,

anunciad a las gentes

un nuevo canto de victoria. Dadme

laurel y palmas y alas esplendentes,

volvedme el estro santo,

85

que ya en el seno siento hervir el canto.

¿Adónde huyendo del paterno techo

corre la juventud precipitada?

En sus ojos furor, rabia en su pecho,

y en su mano blandiendo ensangrentada

90

un tizón infernal; cual civil Parca



ciega discurre, tala, y sus horrendas  
huellas en sangre y en cenizas marca.  
Leyes y patria y libertad proclaman...  
y oro, sangre, poder... ¡ésas sus leyes,

95

ésa es la libertad, de que se llaman  
ínclitos vengadores!...

-264-

Y en los enormes montes interpuestos  
y en el soberbio inexpugnable alcázar,  
que de lejos ostenta

100

la Reina del Pacífico opulenta<sup>118</sup>,  
la insolente esperanza  
ponen de triunfo cierto y de venganza.

Corren al triunfo cierto... y un abismo  
se abrió bajo sus pies... que los horrores

105



de tanta sedición, los alaridos  
que entre las ruinas salen, los clamores  
de tantos pueblos íntegros y fieles,  
el Rayo concitaron que dormía  
allá en el seno de su nube umbría.

110

Ése es el adalid a quien dio el cielo  
valor, consejo, previsión y audacia:  
al arduo empeño, a la mayor desgracia  
le sobra el corazón; todo le cede:  
sirve a su voz la suerte, ante su genio

115

el peligro espantado retrocede119.  
¡Flores!, los pueblos claman, y los montes  
que la escena magnífica decoran.  
¡Flores!, repiten sin cesar. Los ecos  
ávidos unos a otros se devoran

120



y en inquietud perpetua se suceden  
como olas de la mar; sordos aterran  
la turba pertinaz, que espavorida  
huye, y no sabe dónde -que doquiera  
los ecos la persiguen, y doquiera

125

el espectro del héroe la intimida.

Así cuando una nube repentina  
enluta el cielo, cuando el sol declina,  
se afanan los pastores recogiendo  
el rebaño que padece descuidado;

130

mas de improviso estalla un trueno horrendo,  
el tímido ganado  
se aturde, se dispersa, desoyendo  
del fiel mastín inútiles clamores,

-265-

se pierde en precipicios espantosos



135

que más lo apartan del redil querido,  
y entre tantos horrores  
vagan, tiemblan, caen confundidos  
ganados y mastines y pastores<sup>120</sup>.

Oyó la voz doliente de la Patria

140

su siempre fiel guerrero,  
y desnudando el invencible acero,  
se avanza; y los valientes capitanes  
en cien lides gloriosos lo rodean<sup>121</sup>,  
y dar paz a la patria o morir firmes

145

sobre la cruz de sus espadas juran...

Él habla, y a su acento

todo en torno es acción y movimiento:

armas, tormentos bélicos, y cuanto

elemento de guerra y de victoria



150

da el suelo, forma el arte, el genio crea,  
se apresta, o aparece por encanto;  
gime el yunque, la fragua centellea,  
brota nave el mar, tropas la tierra...

Aquí y allí la juventud se adiestra

155

a la terrible y desigual palestra...

Y el caballo impaciente

de freno y de reposo,

se indigna, escarba el suelo polvoroso;

impávido, insolente

160

demanda la señal, bufa, amenaza,

tiemblan sus miembros, su ojo reverbera,

enarca la cerviz, la alza arrogante

de prominente oreja coronada,

y, al viento derramada



165

la crin luciente de su cuello enhiesto,  
ufano da en fantástica carrera  
mil y mil pasos sin salir del puesto.

Mayor afán, agitación, tumulto  
reina en el bando opuesto:

170

armas les da el furor; la ambición ciega

-266-

constancia, obstinación. ¡Cuán impotente  
dio voces la razón!... Y en vano el cielo  
los aterra con signos portentosos:

nocturnas sombras vagan por el suelo

175

exhalando alaridos lastimosos;

rayos sanguíneos las tinieblas aran

en pálido fulgor, y por la noche

sones terribles de uno al otro extremo





de la espantosa bóveda se oyeron;

180

se hiende el monte, el huracán estalla,

y es todo el aire un campo de batalla<sup>122</sup>;

y en medio de la pompa más solemne

las imágenes santas derribadas,

-¡qué horror!- del alto pedestal cayeron

185

del incienso sacrílego indignadas<sup>123</sup>.

¿Veis allá lejos ominosa nube

ondeando en polvo de revuelta arena,

que densa se derrama y lenta sube?...

allí está Miñarica. La Discordia

190

allí sus haces crédulas ordena:

las convoca, las cuenta, las inflama...

las inflama... después las desenfrena.

Flores vuela al encuentro, y cuando alzada



sobre la hostil cerviz resplandecía

195

su espada, reconoce sus hermanos;

lejos de sí la arroja, y les ofrece

el seno abierto y las inermes manos.

Mas fiera la facción, se enorgullece;

razón, ruego, amistad y paz desdeña;

200

triunfa al verse rogada,

y en ilusión y en arrogancia crece;

que rara vez clemencia generosa

el monstruo del furor civil domeña,

y aun más los viles pechos escandece.

205

-267-

Tornó el héroe a relumbrar la espada,

y ésta fue la señal. Los combatientes

con firme paso y exultantes frentes



se acometen, se mezclan... De una parte

el número y el ímpetu... de la otra

210

arte, valor, serenidad; doquiera

furor y sangre... y a las armas sangre,

aun más infame que el orín, empaña;

y los pendones patrios encontrados

rotos y en sangre flotan empapados;

215

cristados yelmos, miembros palpitantes

erizan la campaña...

y los troncos humanos

se revuelcan, amagan,

e impotentes de herir, siquiera insultan,

220

mientras los restos de vital aliento

entre sus labios macilentos vagan.

Los antiguos amigos, los hermanos



se encuentran, se conocen... y se abrazan...

con el abrazo de furente saña.

225

Ni tregua, ni piedad... ¿Quién me retira  
de esta escena de horror? - ¡Rompe tu lira,

doliente Musa mía, y antes deja

por siempre sepultada en noche oscura

tanta guerra civil! ¡Oh!, tú no seas

230

quien a la edad futura

quiera en durable verso revelarla:

que si mengua o escándalo resulta,

honra más la verdad quien más la oculta...

Como rayo entre nube tormentosa

235

serpea fulminando, y veloz huye,

vuelve a brillar, la tempestad disipa

y su esplendor al cielo restituye;



así la espada del invicto Flores  
por entre los espesos escuadrones

240

va sin ley cierta, brilla... y desaparecen.

-268-

A los unos aterra su presencia,  
otros piedad clamando, se rindieron,  
y a los que fuertes para huir, huyeron  
los alcanzó en su fuga la clemencia.

245

¡Salud, oh claro Vencedor!, ¡oh firme  
brazo, columna y gloria de la patria!

Por ti la asolación, por ti el estruendo  
bélico cesa, y la inspirada Musa  
despertó dando arrebatado canto;

250

por ti la Patria el merecido llanto  
templa al mirar el hecatombe horrendo



que es precio de la paz; por ti recobran

su paz los pueblos y su prez las artes,

la alma Temis su santo ministerio,

255

su antiguo honor los patrios estandartes,

la ley su cetro, libertad su imperio,

y las sombras de Guachi desoladas

de su afrenta y dolor quedan vengadas.

Rey de los Andes, la ardua frente inclina,

260

que pasa el Vencedor; a nuestras playas

dirige el paso victorioso, en tanto

que el himno sacro la amistad entona,

y fausta la Victoria le destina

triunfales pompas en su caro Guayas

265

y en este canto espléndida corona.

Guayaquil, 1835.



-[272]- -273-

Un sueño

canción

Visitome el amor esta noche

con un dulce, gratísimo sueño:

yo soñé que a mi angélico dueño

de este modo empezábale a hablar:

-Saber puedes las veces que te amo

5

si las luces contares del cielo,

y las hojas que cubren el suelo,

y las olas que baten la mar...-

Ella me oye, y gustosa y afable

corre a mí con el seno entreabierto...

10

Mas ¡ay triste!, que al punto despierto,

y era sombra lo que iba a abrazar.

Loco, ciego, impaciente, furioso,



salto luego del lecho gritando:

-¡Duro amor!, ¡duro amor!, ¿hasta cuándo,

15

hasta cuándo me quieres burlar?

1835.

-[274]- -275-

Oración de la infancia

Señor, tu nombre santo

celebra la voz mía

en armonioso canto,

cuando brilla la luz del nuevo día.

Tú mandaste a tu sol que disipara

5

las sombras de la noche, y obediente

por la inflamada esfera

emprende su magnífica carrera.

Vida, belleza, acción, todos los seres

recobran ya; la tierra se engalana





10

de flores, y presenta  
una nueva creación cada mañana.

Señor, tu nombre santo  
celebra la voz mía  
en armonioso canto,

15

cuando brilla la luz del nuevo día.

El sol llena los cielos,  
y del trono gobierna  
los astros que su marcha  
siguen cumpliendo con su ley eterna.

20

Así también, oh Dios, pues el Sol eres  
verdadero del mundo, ocupa, enciende  
todos los corazones,  
y dirige a tu ley nuestras acciones.

-276-



Si te es grata la voz de la inocencia,

25

escúchanos, Señor, bajo tus alas  
pon a los que te adoran  
y tu luz, tu piedad, tu gracia imploran.

Señor, tu nombre santo

celebra la voz mía

30

en armonioso canto,  
cuando brilla la luz del nuevo día.

-277-

Himno para la noche

por un joven ausente por su culpa de la casa paterna

Admite, oh Dios, oh Padre,

los votos y las gracias

que mi labio te ofrece

cuando el sol, que es tu imagen, se obscurece.

¡Oh, cuántos beneficios



5

tu diestra ha derramado  
mientras tu hermoso día  
por el alto cenit resplandecía!

Con tu luz, recibieron  
tus mares y tus cielos

10

y tu tierra florida  
y todo tu universo, acción y vida.

Entre tanto tu noche  
creciendo va, y al mundo

le roba con presteza

15

su grata animación y su belleza.

Mas justo es que otros pueblos,

pues todos son tus hijos,

gocen de iguales bienes

que a sus hermanos por acá previenes.



20

Haz, pues, tengan reposo

los miembros fatigados,

-278-

y a nuestra fantasía

sueños tranquilos solamente envía.

Y pueda, yo, siquiera

25

ser feliz entre sueños,

viendo, en imagen clara,

mi dulce patria y mi familia cara.

Abrace a mis hermanos

y a mi padre... Y mi madre

30

mil caricias me diga,

me perdone mi culpa y me bendiga.

Que yo, reconocido,

te cantaré, a la aurora,



cuando muera en oriente

35

su luz vital y su rosada frente.

Y mezclaré mis voces

al trinar de tus aves,

que saludan al día

con deliciosa y plácida armonía.

40

-279-

Himno al nueve de octubre

Coro

Ven, oh plácida aurora

del octubre glorioso,

ven, dulce precursora

de luz y libertad,



ven, anunciando al Ecuador dichoso,

5

triunfo en la guerra y en la paz reposo.

Por ser libre, valor y constancia

en los campos de Marte mostró;

por guardar ese bien tanpreciado

muestre siempre constancia y valor.

10

Y cual brillan los signos celestes

en la esfera con vivo esplendor,

brillará más hermosa en la tierra

la menor de las hijas del Sol.

Ven, oh plácida aurora...

15

Cara patria, ya alzaste la frente;

sacudiendo tu yugo opresor,

recobraste tus santos derechos,

cara patria, más cara que el sol.



Honor, vida, poder ya son nuestros,

20

nuestro el cielo que puro miramos,

nuestro el suelo que hermoso pisamos,

y sin leyes de ajeno señor.

-280-

Ven, oh plácida aurora...

Alma paz, con nosotros habita

25

salva, siempre a tu caro Ecuador.

Y a este suelo Pacífico llamen

con el nombre que a su mar se dio.

En su seno, con la paz, las artes

hallarán acogida y favor,

30

reflectando las ondas del Guayas

pabellones de todo color.

Ven, oh plácida aurora...



Depongamos, oh pueblos, las armas,  
ya cesó de la guerra el furor,

35

conquistemos las artes del mundo  
que es conquista de insigne valor.

Que resuenen patrióticos himnos  
en potente y armónica voz,  
aclamando estos nombres queridos,

40

Leyes, Paz, Libertad, Ecuador.

Ven, oh plácida aurora,  
del octubre glorioso,

ven, dulce precursora

de luz y libertad,

45

ven anunciando al Ecuador dichoso  
triunfo en la guerra y en la paz reposo.





En la muerte de mi hermana

¿Y eres tú Dios? ¿A quién podré quejarme?,

inebriado en tu gloria y poderío,

¡ver el dolor que me devora impío

y la mirada de piedad negarme!

Manda alzar otra vez por consolarme

5

la grave losa del sepulcro frío,

y restituye, oh Dios, al seno mío

la hermana que has querido arrebatarme.

Yo no te la pedí. ¡Qué!, ¿es por ventura

crear para destruir, placer divino,

10

o es de tanta virtud indigno el suelo?,

¿o ya del todo absorto en tu luz pura

te es menos grato el incesante trino?

Dime, ¿faltaba este ángel a tu cielo?

-[282]- -283-



A Eliza

¿No ves cuán pronto por la azul esfera

el vuelo de las horas se desliza?,

¿no ves, amable Eliza,

marchitarse al nacer las tiernas flores

de la fugaz y alegre primavera?

5

Pues ¡ay!, con más presteza

nacen, desaparecen los amores,

las gracias de la edad y la belleza.

Feliz en todas partes

quien con el grato estudio de las artes

10

mezclando las lecciones

de virtud y piedad, engaña, burla

del tiempo y de sus hijas estaciones

la ciega rapidez y la inconstancia.

Así cuando la bella primavera



15

pierde su gala y virginal sonrisa

y se retira triste

de tu jardín, Eliza,

huyendo del invierno los enojos

, al fuego de tu genio y de tus ojos

20

con sus vivos colores y fragancia

bajo de tu pincel nace en tu estancia.

En tu estancia feliz que yo contemplo

será con tu presencia

el más hermoso templo

25

del gusto, la piedad y la inocencia,

a cuyo culto y plácidos misterios

vestal sacerdotisa

con tu graciosa hermana será Eliza.

-[284]- -285-



## Canción

Divino encanto,

si acaso mi llanto

mueve tu atención,

cesa en el empeño

de herir con tu ceño

5

al que te hizo dueño

de su corazón.

Y si te ofendo,

ingrata, diciendo

mi dolencia atroz,

10

moriré fino,

pues ya me convino

el dulce destino

de morir por vos.

Nada dijera



15

si callar pudiera

tan grave dolor.

Mas nadie sabe

que siendo tan grave

en mí ya no cabe

20

todo su rigor.

¡Ay!, bella ingrata,

si tu rigor trata

de abatir mi amor,

mi pecho amante

25

morirá al instante

con una constante

desesperación.

-286-

Y si no dejás



que quepa en mis quejas

30

todo tu rigor,

ingrata bella,

con dura querella,

maldigo la estrella

que a ti me rindió.

35

-287-

A las tres gracias

(Para el álbum de la señorita Rosa Ortiz de Zevallos, insigne profesora de música,  
y de

sus dos bellas primas)

Rosa, que por modestia delicada,

en florecer te places rodeada

del lindo par de Margarita y Pola,

huyendo la vergüenza

de ser en gracia y hermosura sola;



5

quien pueda resistir el noble encanto,  
Rosa, de tu mirar y de tu canto,  
y en grata calma verte y escucharte,  
ése voces tendrá para alabarte,  
mas no el que, absorto, extático, suspira

10

en placer inefable, sin que pueda  
decir qué siente, ni decir qué admira.  
Si aun hoy, al escucharte, Rosa bella,  
sagrada inspiración mi mente inflama,  
y al brote de la eléctrica centella

15

torna a brillar la amortiguada llama,  
¡qué fuera cuando en el hirviente pecho  
latir sentía el corazón estrecho!  
Yo te escuché una vez, y todo el día,  
en ilusión dulcísima, creía



20

sentir y respirar, y vivir todo  
en un plácido ambiente de armonía.

Y en el silencio de la noche, cuando  
el mentido concierto me desvela,

-288-

un ángel desprendido

25

del cielo me deslumbra, y me revela  
que la virgen Cecilia, que allá ordena  
de serafines el ardiente coro,

absorta cuando te oye, y suspendida,  
los celestiales números olvida,

30

de su alto ministerio se distrae,  
y el arpa de oro de sus manos cae.

Y cuando de improviso

del místico deliquio se levanta,





nuevas cuerdas aumenta a su instrumento,

35

y del Cordero atento

en nuevas notas nuevos himnos canta.

-289-

Lima, 1846.

En el álbum de la señorita Grimanesa Althaus

Díceme un dios que dentro el pecho siento,

que al nacer se me dio fuego divino,

sólo porque cantara ¡oh Grimanesa!,

las gracias, la virtud y la belleza.

Yo cumplí, no sin gloria, mi destino,

5

cuando mi corazón y el alma mía

en vivo amor y juventud ardía.

Y en premio de haber sido

siempre fiel al dulce ministerio,

el Dios, a cuyo imperio



10

se rinden voluntarios,  
la tierra, el cielo, el mar, ha concedido  
su antiguo ardor, su inspiración divina,  
a un genio que fallece oscurecido,  
como el sol que a su ocaso se avecina.

15

Y he podido cantar como solía...  
Tuyo es este portento, amiga mía.  
¡Qué gloria para mí! Ver que este día  
la más graciosa y bella no rehúsa  
ser la corona de mi anciana musa.

20

Lima, 1846.

-[290]- -291-

Al general Lamar

No fue tu gloria el combatir valiente,  
ni el derrotar las huestes castellanas;



otros también con lanzas inhumanas

anegaron en sangre el continente.

Gloria fue tuya el levantar la frente

5

en el solio sin crimen, las peruanas

leyes santificar, y en las lejanas

playas morir proscrito e inocente.

Surjan del sucio polvo héroes de un día,

y tiemble el mundo a sus feroces hechos:

10

pasará al fin su horrenda nombradía.

A la tuya los siglos son estrechos,

Lamar, porque el poder que te dio el cielo

sólo sirvió a la tierra de consuelo.





# HUMANISMO QUE TRANSFORMA